

Jurados

Octavio Panesso Arango

Profesor Universidad Tecnológica del Chocó, socio honorífico de la Unesco, investigador y cultor (compositor, productor, promotor, músico, arreglista, patrocinador, conferencista educativo e internacionalizador de la música del Pacífico, de Colombia y de América).

Alberto Abello Vives

Economista (Universidad Externado de Colombia) y magíster en Estudios del Caribe (Universidad Nacional de Colombia); investigador especializado en la región Caribe. Profesor titular y exdecano de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Tecnológica de Bolívar desde donde dirige los nuevos proyectos de la Maestría en Desarrollo y Cultura y el Laboratorio Iberoamericano en Desarrollo y Cultura, y coordina la Red Iberoamericana de estudios sobre las relaciones entre el desarrollo y la cultura (www.desarrolloycultura.net), de los cuales ha realizado el desarrollo conceptual.

Marta Helena Bravo de Hermelin

Realizó estudios de Filosofía y Letras y de Gestión, Política y Desarrollo Cultural. Profesora honoraria de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional, sede Medellín, donde laboró por más de veinticinco años. Medalla al Mérito Universitario y Orden Gerardo Molina de la misma universidad. Desde los años setenta se ha dedicado a la formación y a la investigación e impulso de proyectos culturales.

Es autora del libro *Itinerarios culturales 1985-2007: voces y presencias* y de numerosos artículos sobre política cultural e historia cultural en publicaciones del país y del exterior. Ha sido asesora en políticas culturales y desarrollo del Ministerio de Cultura, del departamento de Antioquia y del municipio de Medellín.

Recibió el Premio a las Letras y a las Artes de la Gobernación de Antioquia —Secretaría de Educación y Cultura— y la Medalla al Mérito Cultural del Ministerio de Cultura. Ha actuado como jurado en diversos concursos sobre temas culturales.



MinCultura
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD
PARA TODOS

Juan Chuchita Fernández • Adrián Farid Freja de la Hoz • PREMIO DE VIDA Y OBRA 2012



Investigación

Adrián Farid Freja de la Hoz

Ganador del Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá en el 2010 por su ensayo sobre la literatura oral del Pacífico colombiano. También ha recibido reconocimientos como el Premio Nacional Otto de Greiff y la Beca de Circulación Internacional del Ministerio de Cultura en el área de Literatura. Magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia y profesional en Estudios Literarios de la misma universidad en la que también trabajó como docente de literatura.

Es un incansable investigador, defensor e intérprete de las músicas tradicionales del Caribe colombiano, así como de las diferentes expresiones de literatura oral de Colombia y América Latina. Actualmente trabaja como profesor de literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Juan Chuchita Fernández

Adrián Farid Freja de la Hoz



Ministerio de Cultura

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano

Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza Ayala

Secretario General

Programa Nacional de Estímulos

Katherine Eslava Otálora

Coordinadora

Andrés David Rojas Mora

Diana Ramírez González

Jorge Iván Berdugo Sánchez

Lady Johana Gómez Díaz

Ligia Ríos Romero

María Alejandra Caicedo Rodríguez

Miguel Barrero Perilla

Olga Lucía Quintero Galvis

Viviana Tellez Mendoza

Adrián Farid Freja de la Hoz

Investigación

Susana Carrié

Diseño, concepto gráfico-editorial

y edición fotográfica

Gabriela de la Parra M.

Carolina Santos V.

Eltipomóvil/Soluciones editoriales

Cuidado de textos

Imprenta Nacional de Colombia

Impresión

ISBN

978-958-8827-30-8

Bogotá, abril de 2014

Ministerio de Cultura

Programa Nacional de Estímulos

Premio de Vida y Obra 2012

Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

✦ El Premio Nacional de Vida y Obra del Ministerio de Cultura fue creado en el año 2002 y representa el máximo reconocimiento a la labor de aquellos creadores, investigadores o gestores culturales colombianos, cuyo trabajo haya sobresalido en alguna de las expresiones culturales, en los ámbitos local, nacional e internacional y, en ese sentido, haya contribuido de manera significativa al legado y enriquecimiento de los valores artísticos y culturales de nuestro país.

<http://vidayobra.mincultura.gov.co>



MinCultura
Ministerio de Cultura

**PROSPERIDAD
PARA TODOS**

Juan Chuchita Fernández

Adrián Farid Freja de la Hoz



*Voy a hacer mi testamento
antes que llegue mi muerte
le dejaré a mi señora
todos los bienes presentes:*

*Le dejo una rosa 'e yuca
el monte está sin tumbá'
un caballo y una mula
que no pueden caminá'.*

¿Oiga compadre qué piensa usté'?
Compadre no sé que hacé'
¿Oiga compadre y usté' qué opina?
Maldita sea hasta la ruina.

*Le dejo una casa 'e palma
sin techo y sin varazón
un perro de cacería mojoso
que no sale del fogón.*

¿Oiga compadre qué piensa usté'?
Compadre no sé que hacé'
¿Oiga compadre y usté' qué opina?
Maldita sea hasta la ruina.

*Muchas deudas que yo debo
en toditas las cantinas
millón y medio de pesos
en el banco de la ruina.*

¿Oiga compadre qué piensa usté'?
Compadre no sé que hacé'
¿Oiga compadre y usté' qué opina?
Maldita sea hasta la ruina.

Mi testamento
Juan Alberto Fernández Polo



CONTENIDO

Advertencia y guía al lector	11
Palabras iniciales	15
La vida en canciones y parrandas	23
La zafra llorona	24
La pensión Ocaña	29
La Pava Congona	37
María Zolá	47
El son de los pájaros de la noche	49
Consuélame	51
Mi fracaso	55
El gallo de María Zolá	57
El Son de Pablo Julio	60
El gavián jabao	63
La traicionera	64
Vida del campesino	67
La cumbia de Arnulfa Helena	69
Celestina	70
Dolores Cumba	73
Regresó María	76
Mi recorrida	78
Campo alegre	81
Sabor a gaita	83
Entrevista a Juan Chuchita	93
<i>por Juan Carlos Díaz Martínez</i>	



Foto: © Adrián Freja

Advertencia y guía al lector

* Juan Chuchita fumando un tabaco tradicional de la región montemariana en las afueras de su casa en San Jacinto, Bolívar.



El presente libro ha sido pensado y elaborado como un sincero homenaje al maestro Juan Alberto Fernández Polo, conocido en el mundo entero como Juan Chuchita. En sus innumerables composiciones él ha cantado y contado su vida con el don y el ritmo de un sabio poeta, por eso queremos que este libro se convierta en un canto, en un diálogo de Juan Chuchita con el resto del mundo. No se trata de una biografía, sino de una invitación a conocer, por todos los medios posibles, su vida, su obra y toda la cultura tradicional encerrada en el universo de sus canciones.

Juancho (como muchos amigos le decimos de cariño) nunca aprendió la rigidez de la escritura, por esta razón su canto y su conversación son tan melódicos. Tampoco aprendió a leer una sola palabra, así que este libro está hecho para ser cantado, para ser narrado y no para ser leído. Queremos mantener en él el ritmo y la sonoridad del habla y del canto del más grande intérprete vivo de la música tradicional de gaita del Caribe colombiano. En su diálogo se encuentra inmersa una sabiduría única y una cadencia que mantienen atento al más distraído de los interlocutores.

Queremos que el lector sienta el placer sonoro de charlar con Juan Chuchita. Que la escritura no sea un impedimento para la conversación cotidiana. Esperamos lograr el mejor efecto de fidelidad sonora en la charla con él. Para ello, hemos decidido dejar intacta la fonética de su habla típica del Caribe colombiano y del habla propia del campesino de los Montes de María. Cada vez que se introduzca la voz de Juan Chuchita se transcribirán las palabras tal y como fueron enunciadas por el maestro del canto tradicional del Caribe. Se intentará proyectar, de la mejor manera posible, la musicalización del habla, el calor y el sabor de toda una región en el idioma de Cervantes. Su voz aparecerá en forma de diálogo para diferenciarla de las demás.

Hecha la advertencia, es necesario, antes de iniciar, ofrecer una guía rápida sobre la estructura del libro. Como ya lo anunciamos, está hecho para ser contado y cantado, y no tanto para ser leído. En este sentido hemos querido contar la vida de Juan Chuchita con canciones, con anécdotas, con historias de su cotidianidad, con imágenes de aquí y de allá.

En primera instancia, nos encontraremos con unas palabras iniciales que cuentan brevemente quién es Juan Alberto Fernández Polo y por qué resulta tan importante conocer su vida y su obra. Luego se narra parte de sus vivencias mediante las historias inmersas en algunas de las muchas canciones que ha compuesto. Queremos mostrar la estrecha relación entre la vida y la



* Al centro de pie Juan Chuchita Fernández, a su izquierda Nicolás Hernández y a su derecha Antonio Rodríguez. Sentado en el centro el legendario Antonio Toño Fernández, a su derecha Gabriel Torreghosa y a su izquierda Manuel Mañe Mendoza.

obra de este gran compositor y permitirle al lector conocer a este juglar desde su música.

Cada historia musical se puede leer de forma individual; sin embargo, cada canción es un pedazo de su vida, por eso todas ellas van a conformar una especie de autobiografía musical. Cerramos este libro con unas palabras finales sobre este gran músico que ha hecho historia en la cultura colombiana y con la transcripción de una entrevista que le hizo el periodista Juan Carlos Díaz del periódico *El Tiempo*. *



Palabras iniciales

* Sonriente y pensativo en el patio de su casa.

V

er a Juan Chuchita sentado en un taburete en el patio de su casa en San Jacinto es verlo dichoso. Aunque ha estado hospedado en los mejores y más lujosos hoteles de Europa, América y África, él no cambia su muy humilde hogar ni su caluroso pueblo. Alrededor de sus hijos, nietos y bisnietos, y en la compañía de su perenne amor, es un hombre feliz. Ahora más que nunca, pues pudo cambiar las paredes de barro de

su casa por paredes de “material” (de ladrillo y cemento) y el techo de palma por uno de láminas de zinc. Todavía queda mucho por hacerle a su casita, pero no demora en ponerle el cielo raso para aminorar el intenso calor que se acrecienta con el zinc. También quiere hacer una pequeña choza de palma en el patio para poder soportar el tiempo de la canícula.

Le enorgullece mucho tener un patio grande con árboles frutales, con pequeños cultivos de ñame y plátano, con gallinas y con un pequeño cerdito para diciembre. Le gusta escuchar el canto de los pájaros que llegan a ese lugar, es algo que lo emociona:

—De eso no se puede apreciar en Bogotá —me dice—. Allá el sonido de los carros, los buses, la gente, no deja ni escuchar los pensamientos de la cabeza.

Los pájaros siempre lo han inspirado, él es como uno de ellos. Toda su vida anduvo revoloteando de pueblo en pueblo para cantarle a cuanta mujer bonita se le atravesara. El canto siempre fue lo suyo.

La música y la parranda las lleva en la sangre: por el lado materno tuvo algunos tíos, abuelos y bisabuelos músicos, pero, sobre todo, el gusto por el baile de la cumbia lo heredó de la mujer que lo llevó nueve meses en su vientre. Su mamá fue una gran bailadora, le gustaba bailar en las ruedas de gaita, quemar esperma¹ hasta que no se pudiera caminar más por lo resbaladizo del piso. Sospecha que desde que fue concebido ya bailaba y gozaba la cumbia en las entrañas de su madre. Por el lado paterno también lleva sangre musical. Su tío Toño Fernández fue el fundador de Los Gaiteros de San Jacinto y quien le daría, años después de iniciada su carrera musical, la oportunidad para tocar en esta legendaria agrupación.

De otra parte, el amor por el campo lo heredó de su padre: un agricultor innato que alimentó a su familia gracias a los cultivos de pancoger. Desde niño estuvo en el campo y de joven aprendió a sembrar y recoger ñame, yuca, aguacate y demás productos de la región. La agricultura siempre fue una ac-

1. Tradicionalmente la cumbia se baila con velas encendidas, no solo para alumbrar las noches de luna nueva, sino para mantener a raya al parejo bailador.



✱ Juan Chuchita con su esposa Arnulfa en la cocina de su casa.

tividad que alternó con la música. En muchas ocasiones lo que ganaba con esta última no le alcanzaba para alimentar a sus diez hijos, por eso siempre recurría al campo. La tierra montemariana nunca lo ha desamparado, allí ha estado y estará por siempre el alimento de él y su familia.

La primera vez que escuchó los cantos de zafra y vaquería que lo harían célebre en el mundo entero y que lo llevarían a grabar y dar varios conciertos con la Orquesta Filarmónica de Bogotá estaba en el campo. Su tío Pedro Zará, quien en realidad era su tío abuelo porque era tío de su papá, tenía al joven Juan Alberto de ayudante en las labores campesinas.

Todas las mañanas, durante las horas de trabajo, Pedro Zará entonaba unos cantos melódicos y profundos. Eran los llamados cantos de zafra: cantos tradicionales sin acompañamiento musical que constan de estrofas de cuatro versos en los cuales el segundo rima con el cuarto. Entre cada par de versos se canta un lamento o un grito que transmite el sentimiento de quien lo entona. A Juan Alberto lo conmovió el sentir y la pasión con la que su tío Pedro interpretaba esos cantos mientras trabajaba la tierra.

Desde aquella época guardó en su cabeza la melodía y las letras de la zafra “llorona” de su tío. Nunca se imaginó que aquel canto de labor, aquel cantar campesino, iba a ser valorado y conocido, gracias a él, en un buen número de países de los cinco continentes. A los 69 años la grabó por primera vez en Bélgica, a los 75 la grabó en el álbum ganador del premio Grammy Latino y a los 79 la grabó con la Orquesta Filarmónica de Bogotá en el álbum *Mestizajes*.



© Adrián Freja

✦ En las calles de su pueblo natal.

En el campo también aprendió a tocar la guacharaca, “neceando”, como dice él. Gracias a unos compañeros de labor que se reunían los fines de semana a tocar vallenatos en guitarra, Juan Alberto, empíricamente, comenzó a tocar ese tradicional instrumento. Lo hacía con un estilo particular, único, jugaba con el movimiento de las manos. Eso fue precisamente lo que llamó la atención, años más tarde, del gran juglar de la cumbia con acordeón, Andrés Landero, y el pretexto para su singular apodo.

Adondequiera que va le preguntan sobre su famoso epíteto y Juancho se ríe siempre recordando cómo Roberto Anillo, amigo del maestro Landero, cuando lo vio tocar por primera vez la guacharaca le dijo:

—Ah vaina, este Chuchita sí toca.

—Santo remedio —dice.

De ahí en adelante el mundo lo conocería como Juan Chuchita Fernández, apodo que se ha naturalizado tanto que es más sonoro que su nombre de pila y forma parte de su identidad musical. El apodo de Chuchita fue inspirado por la comparación con el zorro chuchó. A Juan Alberto le vieron en el rostro un aire con el audaz animal.

Tras haber sido bautizado con el singular apodo y haber mostrado su maestría en la interpretación de la guacharaca, Landero invitó a Juan Chuchita a ser parte de su agrupación. Once años duraron juntos, tiempo durante el que grabaron más de diez acetatos, recorrieron los principales pueblos y ciudades de la región, tocaron en innumerables fiestas, conocieron un sinnúmero de mujeres y se bebieron gran parte de la producción de ron del Caribe colombiano. Landero fue el primero que grabó varias de sus composiciones,

entre esas su muy recordada y querida “La pensión Ocaña”, que en 1969 formó parte del álbum *Mujer querida* bajo el título de “Mi desdicha”.

La unión con Landero se acabó cuando les esperaba una gira en la tierra que hizo grande al maestro de la cumbia en acordeón: México. La agrupación no le ayudó a Juancho con los trámites de pasaporte y demás documentos a los que, por su condición ágrafa, no tenía fácil acceso. Sin embargo, era claro que la música era lo suyo y que la vida le tenía guardado un gran futuro musical, así que no transcurrió mucho tiempo para que su tío Toño Fernández, quien desde hacía tiempo había conformado la agrupación Los Gaiteros de San Jacinto, lo llamara para que tocara la tambora con él y su grupo de gaitas.

Fue entonces, a mediados de los años setenta, cuando Juancho inició su carrera musical con Los Gaiteros de San Jacinto. Al principio solo tocaba la tambora, su tío no lo dejaba cantar. Pero cuando ya Toño Fernández no podía con la voz permitió que su sobrino tocara la tambora y cantara algunas canciones. Unos años más tarde, por un problema de artritis en las manos, a Juancho se le caían las baquetas con que tocaba la tambora, entonces se dedicó solamente a cantar. Desde ese momento Juan Chuchita ha sido y será la voz líder de Los Gaiteros de San Jacinto hasta que la vida lo permita.

Con Los Gaiteros ha cosechado grandes frutos en los más de cuarenta años en los que ha interpretado la música tradicional de gaita colombiana en el territorio nacional y en el mundo entero. Son muchos los premios musicales, entre los que se destaca el Premio Grammy Latino en el año 2007, con el álbum *Un fuego de sangre pura*. Sin embargo, a él no le interesan tanto los premios, asegura que lo importante es “el cariño de la gente”. Afirma con humildad que “adondequiera que llegan Los Gaiteros son recibidos con alegría”. Para él ese es el mejor pago. El caluroso recibimiento que le han dado a Juan Chuchita en las distintas ciudades de Europa, África y América es un reconocimiento infinito a su labor como cultor de una de las formas de música de mayor tradición en el país.

A sus 81 años Juan Chuchita sigue cantando con las mismas ganas de hace cuarenta. No se cansa de cantar, por el contrario, cree que el día que deje de cantar le llegará la muerte. “¡El que baila y canta, la muerte espanta!”, recuerda con jocosidad las palabras del personaje mamá Evangelina en la obra de teatro *María Barilla* de la cual formó parte como uno de los personajes principales. Después de tantos años como cantante, Juan Chuchita hizo su debut en 2012 como actor de teatro. La obra que recrea la vida de la legendaria bailadora de fandangos, escrita por Leonardo Gómez Jattin, permitió ver, en una puesta en escena sin precedentes, la gracia y el encanto de su cantar. Allí el público asistente escuchó los cantos de zafra, sus éxitos vallenatos grabados con Andrés Landero, Adolfo Pacheco y Enrique Díaz, sus maravillo-

sas interpretaciones de los cantos de la música de gaita y los dichos y frases jocosas que lo han caracterizado como un hombre ameno y jovial.

Esa misma jovialidad es la que le ha permitido tomarle el pelo a la rigidez, a la formalidad, y, sobre todo, a la falsedad de la sociedad. Juancho trata con el mismo cariño y la misma alegría caribeña a las personalidades de la farándula colombiana que han querido charlar y tomarse una foto con él (reinas de belleza, embajadores, presidentes), que a cualquiera que lo saluda en la calle de algún pueblo colombiano. Él no tiene prejuicios con nadie, su humildad siempre va por delante.

Ver a Juan Chuchita sentado en el patio de su casa al lado de sus amigos, vecinos y su numerosa familia es sentir la grandeza de un ser humano que no ha pensado jamás que su fama es algo que pueda interferir con su humildad; él siempre ha sido humilde, nunca ha sido, como él dice, “hazañoso”. Es así que Juancho no cambia el sabor de un sancocho de gallina casera por ninguno de los más exquisitos y exóticos platos de Europa, África, Norteamérica o de ningún país extranjero.

Juan Chuchita no cambia la cotidianidad de almorzar en el patio de su casa —en una mesa cuyo mantel son hojas de bijao, las cucharas son de totumo y



* Listos para el sancocho, Juan Chuchita al lado de su hija Emérita en el patio de su casa.

© Adrián Freja



* El sancocho está listo. Juan Chuchita, al lado de tres de sus diez hijos, disfrutando del sancocho de gallina en el patio de su casa.

© Adrián Freja

los platos son el mismo mantel de hoja de plátano— por el más fino de los restaurantes. En ninguno de los hoteles en los que ha estado durante su travesía musical por el mundo en los últimos 56 años de carrera artística, le han servido una sopa que tenga algún parecido a su tradicional sancocho hecho por su adorada Arnulfa Helena. Ni mucho menos le han puesto hoja de plátano en vez de platos, ni una cuchara de totumo en vez de la cuchara metálica.

Como su famoso tío gaitero, afirma que no hay lugar como el que lo vio nacer: “Vaya la Europa al carajo/ no hay tierra como la mía”, cantaba Toño Fernández. La tranquilidad del pueblo y las virtudes del campo le han permitido a Juancho ser un hombre noble. San Jacinto le ha heredado los más valiosos principios y tradiciones musicales que durante tanto tiempo se han constituido en el tesoro cultural de la región.

En este recorrido musical Juan Chuchita va a cantar su vida y en ella escucharemos y sentiremos la herencia cultural de la tierra de la hamaca grande. En diecinueve canciones de larga duración nos adentraremos en la obra y en la existencia de uno de los más grandes cantantes tradicionales del Caribe. *



© Florian Schulte

La vida en canciones y parrandas

* Cantándole al público europeo durante un concierto en Viena, Austria, 2010.



Para Juan Chuchita el canto es su pasión. Ha cantado y ha compuesto por tanto tiempo porque esa es su esencia. Componer canciones le permite narrar su vida, contarse para sí y para los demás. Por eso su vida y su obra se conjugan al son de una misma canción.

Todas las canciones que compone son canciones que le nacen de las raíces de su carácter sanjacintero, pero lo más importante es que tienen un sentido vital, una historia única, un valor emocional, son parte

integral de su vida. Las canciones que ha hecho son relatos de sí mismo, él trata de contarse por intermedio de los hechos que lo han marcado.

Juancho Fernández es un hombre que “no descansa la mente”, todo el tiempo está produciendo, está cantando. No para de hacerlo. Su vida es y seguirá siendo un continuo canto. En este sentido, queda claro que el mejor medio para conocer a Juan Chuchita es mediante sus canciones. No hay otra forma para llegar a su esencia musical y a la profundidad de su existencia.

La zafra llorona

Juan Chuchita nació y creció en el campo. Desde muy niño fue un orgulloso campesino y nunca dejó de cultivar la tierra, todavía hoy mantiene sus pequeños sembrados en el patio de su casa en San Jacinto. Su primera escuela fue la naturaleza, de ella aprendió el arte de sembrar y cosechar los principales alimentos que se consumen en la región de los Montes de María. Dio sus primeros pasos entre el ñame, el aguacate, la yuca y el plátano. Respiró el aire limpio y puro que baja del cerro de Maco mientras jugaba en el arroyo. Entendió el lenguaje de los pájaros y lo imitó tan bien que ha cruzado medio mundo por los aires.

Mientras trabajaba la tierra con su tío abuelo Pedro Zará, cuando todavía era un niño, Juan Chuchita escuchó por vez primera el popular canto de zafra. Su tío acababa de llegar de la zona bananera. La bonanza del banano transformaba la historia, no hacía mucho que los huelguistas (300, 500 o 3.000), habían sido acallados con sangre en Ciénaga. Sin embargo, dicha zona seguía siendo un atractivo para muchos campesinos montemarianos. Él mismo llegaría a la zona bananera años después no solo para cultivar sino para aprender el arte de la guacharaca y, años más tarde, para conocer a María Inés de Ávila.

“La zafra llorona” tiene una larga historia, el solo nombre ha recorrido más de medio mundo. La palabra zafra era utilizada por los árabes, muchos siglos atrás, para nombrar un tipo de viaje, el que hacían los recolectores cuando la cosecha estaba lista. En nuestro continente la zafra suele relacionarse de manera directa con el cultivo de la caña de azúcar. Se dice que en el siglo VIII los árabes llevaron este producto desde el sur de Asia hasta el Mediterráneo, Mesopotamia, Egipto, África del Norte y Andalucía. Después de 1492, cuando los españoles se dieron cuenta de que el mundo era más grande y redondo de lo que creían, los andaluces rápidamente trajeron la caña de azúcar al Abya Yala y al resto de las tierras usurpadas. Los africanos esclavizados trabajaron en las grandes plantaciones de la caña desde los primeros tiempos de la Colonia. La zafra tuvo que ver entonces con las labores de los esclavos africanos en estas tierras.

El canto y la música han sido, desde siempre, un idioma universal, por eso fueron los medios más útiles para la comunicación entre los esclavos provenientes de distintas regiones africanas. Con idiomas tan disímiles en las labores de la zafra, cantar se hizo indispensable. Por supuesto, no se trata de una celebración. El canto de zafra desde sus inicios fue, más que un canto, un lamento. Está lleno de lágrimas de injusticia.

Juan Chuchita tituló el suyo como “La zafra llorona” porque sintió el llanto ancestral encarnado en cada uno de sus sonidos. Tomó la forma del canto de su tío Pedro Zará y le añadió algunas letras propias, con el fin de conformar una zafra auténtica que lamenta algunos hechos pasados y futuros de su vida. Al estar ligado tan profundamente con su vida, canta la zafra como si, al hacerlo, se desahogara y se desprendiera de las penas de su alma.

Con tanta emoción, es inevitable sentirse conmovido al escucharlo cantar su “zafra llorona”. Lo hace con un sentir muy profundo, cada una de las palabras entonadas trae al presente un suspiro atávico. El oyente logra conectarse con todos y cada uno de los sentimientos que se encierran en la interpretación de los versos tradicionales. Escuchemos entonces este maravilloso canto:

*Antenoche tuve un sueño
y anoche volví a soñar
si esta noche vuelvo y sueño
digo que el sueño es verdá’.*

*Dame tu mano princesa
vamos conmigo al jardín
pa’ que veas un serafín
adorando tu belleza.*

*Mi padre y mi madre lloran
porque me voy pa' los llanos
no llores mamita mía
que yo vuelvo en el verano.*

*Mi madre me dio un consejo
yo no lo quise coger
después de mi madre muerta
del consejo me acordé.*

*El día que Juancho se muera
no lo vayan a enterrar
que cualquiera se conduela
lo mandan a embalsamar.*

*Esta es la zafra llorona
pa' quien la sabe llorá'
la trajo Pedro Zará
cuando vino de la zona.*

*Tan bonita esta mañana
cuando viene amaneciendo
están los gallos menudeando
están los trapiches moliendo.*

*Cuando me pongo a cantar
mi memoria en todo cabe
bonito que canta el gallo
en medio de los cañaverales².*

La letra de “La zafra llorona” tiene una mezcla de elementos tradicionales que se relacionan con la vida del campesino, con las labores agrícolas y, por supuesto, con el sembrado de la caña de azúcar. Lo primero que canta en esta versión es el valor de lo soñado, la reiteración del sueño se vuelve realidad, como una premonición.

El sueño puede estar relacionado con el deseo por la amada, debido a que en la segunda estrofa le pide la mano a su princesa para que lo acompañe al jardín, al lugar del amor, al *locus amoenus*. En ese rincón idílico se encuentran

2. Letra tomada de la versión grabada en el álbum *Un fuego de sangre pura*.



✦ Manuel Zapata Olivella baila con Los Gaiteros en San Jacinto.

con un ser celestial que adora la belleza de la mujer amada. Juan Chuchita presenta una visión onírica del amor que se relaciona con la reiteración del sueño. Sin embargo, por el tono del canto, el oyente se da cuenta de que “los sueños, sueños son”, es decir que, al tratarse de un lamento, este encuentro ocurre únicamente en el sueño; en realidad, este amor no se concreta.

En las siguientes dos estrofas Juan Chuchita evoca con su canto a sus padres y siente profundamente la separación entre él y ellos. Primero canta la tristeza de la madre y del padre por la partida del hijo amado. El que parte a trabajar el campo, a la región de los llanos a cultivar la tierra, pero antes de irse promete regresar. Luego quien se va es la madre, parte al más allá, pero antes le deja como regalo un consejo al hijo, quien lo aprecia cuando ella ya no está para agradecerse. De nuevo se trata del llanto por la partida, por la separación de los padres y el hijo. Una situación dramática que encierra en el canto un halo de dolor. De esta manera, se evocan los lamentos de los esclavos africanos al cantar la separación de la familia y de la tierra natal, y se hacen visibles en los gestos de este gran intérprete de la zafra.

Además, en este tema Juan Chuchita le canta a la inmortalidad del poeta. Bien sabe de la fugacidad de la vida, por eso quiere ganarle el juego a la muerte: pide que no lo entierren, quiere que lo embalsamen como una forma de mantener la perpetuidad de su cuerpo, tal y como acostumbraban los antiguos incas o los antiguos egipcios. Sin embargo, es claro que los mismos versos que canta son su más legítimo embalsamamiento. Asimismo, en la zafra quiere que se recuerde el origen de su canto. Le rinde un homenaje a su tío Pedro Zará al nombrarlo y contar de dónde vino con esta zafra.



© Museo Etnoarqueológico de San Jacinto

* A la izquierda Juan Chuchita con Juan Lara, Nicolás Hernández, Pacheco y Gabriel Torregrosa Morales.

Por último, en su letra se rememora la siembra y la producción de la caña de azúcar. Primero se habla de la mañana edénica en la que los trapiches muelen la caña desde muy tempranas horas. Luego menciona los cañaverales y aparece de nuevo el gallo, esta vez no como el heraldo de la mañana, sino como un ave cantora que deleita el ambiente del sembrado.

Este canto de zafra tiene un valor adicional importante: se trata de una expresión que es parte del conjunto de la literatura oral del Caribe colombiano. Junto al cantar de la zafra están los de vaquería y los de la décima espinal. Los tres tienen una relación musical y temática que los convierte en una base importante de la poesía oral colombiana. Son tres formas de literatura oral tradicional colombiana que heredan una estructura española, pero que se sincretizan con las formas del canto de herencia africana e indígena.

Con el cantar de “La zafra llorona” Juan Chuchita contribuyó a mantener una forma tradicional del canto y de la poesía oral del Caribe que desde hace tiempo está en peligro de extinción. Muy pocos son sus exponentes y muy pocas las recopilaciones que se han hecho de ellos. La zafra que canta Juan Chuchita es una de las pocas que conservan la autenticidad temática propia del campesino sabanero y la tradición melódica del canto de labor. *

La pensión Ocaña

Además de la música, una de las grandes pasiones de Juan Chuchita han sido las mujeres. Historias tiene muchísimas, pero es claro que ninguna lo marcó tanto como la que vivió con María Inés de Ávila. A esta mujer le compuso la canción que, tiempo después, sería un gran éxito vallenato, primero en la voz de Andrés Landero y luego en la de Enrique Díaz.

“La pensión Ocaña” es una de las canciones que recuerda con mayor agrado. No solo trae a su memoria gratos y dolorosos momentos de su vida, sino que además mucha gente lo recuerda por esta composición. Fue su primer éxito vallenato, por eso quiere que suene el día de su muerte. Escuchémosla:

*Yo salí de Becerril pa' Valledupar
llegué a la pensión Ocaña buscando a María
tristeza grande me dio al tiempo de llegar
encontré la pieza sola donde dormía.*

*No sé qué me ha sucedido que no me acomodo
se me ha da' o por caminá' la desdicha mía
eso me da sentimiento pero no lloro
y solo vivo pensando en Mayo la mía.*

*Cuando llegué a la pensión me dio una tristeza
estaba lleno 'e pesares mi corazón
es una mujer tan linda y me dejó esa ausencia
me dejó la pieza sola y sin dirección.*

Al preguntarle por la historia de esta canción, hace el siguiente relato:

—“La pensión Ocaña” se la hice yo a una muchacha de Chibolo, Magdalena. Yo me fui para Fundación, la mujé' mía tenía como doce días de haber parí'o a Marelvís —una de sus cinco hijas— y ella me encendió a lengua, tú sabes cómo son las mujeres —me dice con una mirada cómplice—. Joda ahora me voy a ir y no vuelvo más, le dije. Y me tropecé con la mujé' esa, se llama María Inés de Ávila.

Después de la discusión con su amada Arnulfa Helena, Juancho se fue de San Jacinto hasta la zona bananera. Allí tenía muchos amigos, pues de joven había trabajado en aquellas tierras y para ese entonces ya era reconocido como músico y cantante. En Fundación se encontró con dos grandes colegas y amigos suyos, los juglares de la música vallenata: Juancho Polo Valencia y Enrique Díaz. También estaba el acordeonero, Abel Carrillo, con quien cantó

durante algún tiempo. El encuentro con María Inés tuvo lugar en compañía de los tres músicos. Para aquella época:

—María Inés estaba viviendo en Fundación y tenía un negocito de vendé' cerveza y esas cosas. Yo llegué ahí con Enrique Díaz y Juancho Polo Valencia, estuvimos un buen rato sentaos. Yo tocaba en ese momento con Abel Carrillo, un acordeonero de Pivijay.

En el primer encuentro, María Inés quedó encantada con el canto de Juan Chuchita. En medio de la parranda, la voz del sanjacintero la enamoró y los ojos de ella hicieron palpitar con mucha más velocidad el corazón de Chuchita.

—Bueno, la mujer se enamoró de mí al oírme cantar, yo siempre he sido necio con el canto, estoy oyendo música y estoy cantando. Yo me paré de ahí y me fui primero a donde la vieja Mirta y luego para la estación del ferrocarril.

En esa ocasión solo hablaron las miradas. No cruzaron ni una palabra, pero en los ojos de ella Juancho se dio cuenta del encanto en el que había caído esta mujer que acababa de conocer. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que surgiera una nueva oportunidad de encontrarse con María Inés:

—Estábamos tomándonos una botella de ron Caña, Abel Carrillo y yo. Cuando al cabo rato se presentó un carro con un tierrero: “Estamos buscando un grupo, un conjunto pa' una despedía”.

La despedida era para María. Se iba de Fundación a buscar nuevos rumbos.

—¿Usted qué toca? —me preguntaron—. Yo toco la concolita³ esta y canto.

Por esas cosas de la vida Juan Chuchita terminó contratado para despedir a la mujer que hacía unas horas había enamorado con su canto.

—Cuando fuimos allá ya habían mata'o cuatro gallinas, una negra y tres blancas. En esa casa había de todo.

No pudo ocultar su asombro cuando tuvo de frente a María Inés. De nuevo vio los ojos hechizantes que horas antes lo habían inquietado. Claro, la alegría del nuevo encuentro se transformó en tristeza al saber que quien partía del pueblo al amanecer era ella.

—Aquí tenemos que amanecé' —dijo María—. Ya tenía to'os los chócoros listos, esperando el camión que se la iba a llevar.

El camión debía llegar temprano al día siguiente, pero, para fortuna de Chuchita, este no llegó a tiempo. Todas las cosas sucedían de manera tal que su tiempo con María fuera más largo de lo previsto.

—Amanecemos. Ese otro día como a las once, ella me dice: “¿Usted se sabe ‘Los orgullos de María?’”. Ella tenía una tía a llamarse María también, que Abel Antonio Villa le hizo una canción que dice: “Ay que mujer tan orgullosa es María”, y esta es sobrina de esa. Entonces llegó Abel Carrillo y yo le canté

3. Se refiere a la guacharaca.



Representación en barro de un gaitero en el Museo de San Jacinto, Bolívar.

la canción, y la vi llorando. Fue mi agrado y mal camino. Lo que era ese disco y ese de Lisandro Meza, ese de los Palmitos, eran los que le gustaban. Yo siempre cantaba mis vainas con gracia —sonríe.

Él presintió que María no lo iba a dejar ir tan fácil, ni él a ella. Ella disfrutaba su canto y él gozaba cantándole.

—Después que cantamos todo eso, amaneció, se fueron los músicos y nos quedamos los dos solos y me dijo: “A ti no te pago; bueno, te pago luego”.

El pago de María fue sorpresivo como la mayoría de las decisiones que tomaba. Ella era una mujer que jugaba muy bien con el destino, que nunca permitió que la vida la tomara desprevenida, siempre sorprendía a la vida. Tenía el don de burlarse de las convenciones y del qué dirán.

—Me fui donde la vieja Mirta, me pegué un baño, me cambié de ropa y volví a'onde María y le dije: “¿Ajá, me vas a sacá' el guayabo o qué?”. “¿Tú solo? Nos lo vamos a sacá' es ya”, me contestó—. Mandó a buscá' enseguida una caja de cerveza y nos sentamos a tomá'.

María se sentía muy a gusto con el cantante que se le apareció en el momento justo de darle un giro nuevo a su vida.

—Carajo y la mujé' se pegó una encoñá' conmigo que te voy a decí' que vendió hasta la máquina con que cosía y un poco 'e cosas. Y de la noche a la mañana le dijo a un hermano de Guillermo Sánchez: “¿Por qué no me llevas a Chibolo? Yo tengo años de no vivir en Chibolo, pero yo voy a Chibolo”.

Por supuesto que no iría sola a Chibolo. Juan Chuchita disfrutaba mucho la sonrisa y los coqueteos de María, así que no tuvo necesidad de pensarlo



© Museo Etnoarqueológico de San Jacinto

* San Jacinto en los años ochenta.

ni de consultarle a nadie para decidir que se iba con María; aunque, en realidad, ella ni siquiera le preguntó, era un acuerdo tácito que se decidió simplemente con una profunda mirada.

—Y nos fuimos pa' Chibolo.

Nunca pensó que luego de dejar a su esposa recién parida se iría a vivir a Chibolo con una mujer que recién acababa de conocer. Pero “Ajá, así es la vida”.

—Ella llevaba su puchito 'e plata. Cómo será que cuando llegamos dormimos la primera noche donde la prima hermana, la segunda noche ya estábamos en casa propia, se la había compra'o a un viejo de por ahí del Piñón.

En casa propia Juancho y María vivieron tranquilos en Chibolo. Faltaban muchos años para que la violencia desplazara a buena parte de la población de ese pueblo. María no permitía que Chuchita saliera de aquella población, mucho menos cuando lo requerían para cantar en alguna parranda vallenata.

—Me aguanté un año completico en Chibolo. Ella compró unos puercos, sembró en el patio y no me dejaba salí pa' ninguna parte. Llegaban los amigos a parrandía' conmigo y ella les decía: “Beban todo lo que quieran, pero él no se me va a ir de aquí”.

María no era mujer de rutinas. Aunque sentía un profundo amor por su tierra natal, no había muchas cosas para hacer en Chibolo por su reducido

tamaño. Después de un año, María sintió la necesidad de cambiar, su espíritu aventurero se lo exigía. Nada ni nadie los amarraba en Chibolo.

—Cuando ella ya se sintió aburría en Chibolo, porque Chibolo es como el bolsillo del pantalón: tú metes la mano y por 'onde la metiste tienes que volvé' a saca'la, me dijo: “¿Por qué no nos vamos pa' Valledupar? Por ahí a otra parte, vamos a cambiá' de ambiente”. “¿Y la casa a quién se la vas a dejá'?”, le dije yo. “Carajo, después que nos vayamos por allá cualquiera la compra”, respondió.

Se fueron a Valledupar a buscar nuevos aires, a satisfacer el alma aventurera de ella. Él seguía a María adondequiera que fuera, su vida estaba ligada también con la aventura y no existía en el mundo entero mejor compañía para la travesía por el valle del gran cacique Upar.

—Llegamos a Valledupar. Llegamos a una pensión, el dueño de la pensión era un ocañero y por eso la pusieron la pensión Ocaña.

No les fue fácil encontrar trabajo, las opciones laborales de Juancho Fernández estaban en el campo. Así que decidió recorrer varias fincas cercanas en busca de empleo, pero no obtuvo ningún resultado favorable. Sin embargo,

—Estando un día en la pensión me dice el dueño de la pensión —con acento ocañero—: “Por ahí andan buscando para corraleá, allá cerquita de Becerril”.

Con poco dinero en los bolsillos, vio en Becerril la oportunidad laboral que estaba buscando desde que llegaron a Valledupar. Entonces no lo pensó dos veces y al día siguiente partieron rumbo a Becerril.

—Nos fuimos pa' allá, salimos como a las nueve de la mañana y eran las cinco 'e la tarde y todavía no llegábamos... era lejos... Cuando llegamos nos dijeron que sí, que me tocaba ordeñá' setenta reses entre el capataz y yo. No había más nadie, solo el que hacía el queso. A María la pusieron a atendé' el deposito pa' que repartiera arroz, panela, lo que pidieran los trabajadores.

Aunque estaba acostumbrado a la vida del campo, el trabajo inicial en la finca era duro. Para su fortuna, al poco tiempo lo cambiaron a otro puesto.

—Después me dieron una carabina pa' espantá' los pájaros que se comían la cosecha, ese fue el oficio, ya me tocaba más suave.

Rápidamente los empleados y el dueño de la finca le cogieron cariño al sanjacintero y a la chibolera. Pero ninguno de los dos podía quedarse por más tiempo en la finca. El cambio era parte indispensable de sus vidas.

—La gente se concentró con nosotros que no nos querían dejar ir. El dueño nos anuló la cédula pa' que no nos fuéramos, un señor de plata, se llama Darío Lacouture. Nosotros le dijimos que íbamos a Valledupar y regresábamos.

Ellos querían cambiar de empleo y de lugar, pero el dueño se oponía rotundamente. Entonces le dijeron que iban a Valledupar, a hacer diligencias personales, pero que volverían. Sin embargo, el señor Lacouture les debía un



* Artesanías San Jacinto, Bolívar.

dinero, de manera que tras el viaje a Valledupar con María, regresó a Becerril por la plata faltante.

—Dejé a María en Valledupar y él [el señor Lacouture] se había ido pa' la cárcel El Limón en el carro. Dije: yo mañana me lo cojo en la finca, y me fui pa la finca.

Después de recuperar el dinero, volvió a Valledupar y al llegar a la pensión Ocaña se llevó la sorpresa de su vida.

—Cuando regresé de la finca en Becerril ya María me había hecho la patuleca. Le pregunté al ocañero dueño de la pensión: “Ajá paisano, ¿y la muchacha que quedó aquí el martes?”—. Responde con entonado acento ocañero—: “Eh, pues... apenas usted se fue se presentó una señora con un traje todo maluco y una ruana negra en la cabeza, como que será hasta bruja. Se la llevó de allí para la casa de ella, como que habían sido amigas antes. Llegó y se embarcó con un tractorista”. “¿Ajá y pa' onde se fue?”, preguntaba yo. Pero nadie me daba razón.

A Juan Chuchita la noticia lo desconcertó por completo. Era increíble e inexplicable lo que estaba viviendo. Después de haber seguido por tanto tiempo a su adorada María Inés, ahora ella aprovechaba la ocasión para irse sin un adiós.

Ante semejante sorpresa y con un dolor tan grande en el pecho, Juancho decidió componerle una canción a la María que se le fue en Valledupar. Afirma que no hay mejor remedio para el desamor que una canción.

Cuando regresó a su tierra y volvió a tocar con Andrés Landero, le contó la historia al maestro de la cumbia con acordeón y le cantó la canción que había compuesto para pasar la pena. A Landero le gustó mucho la letra y en su siguiente grabación apareció “La pensión Ocaña”.

—Cuando salió ese disco había un muchacho de ahí de San Juan que tenía una finquita allí en la vera del arroyo, llamada El Palmar, y duró tres días tomando cerveza donde Carlos Guillermo con esa canción.

Luego Enrique Díaz grabó el tema y le dio un nuevo aire, con lo cual amplió el éxito que ya había alcanzado con Landero.

—Yo estaba en Fundación cuando Enrique Díaz me dijo: “Compa, po' qué no me da esa canción pa' grabarla”. Yo le respondí: “Grábala”.

A pesar del gran suceso que fue “La pensión Ocaña”, Juan Chuchita nunca recibió un peso por concepto de regalías. El hecho de no saber escribir le complicó la posibilidad de gestionar los derechos de autor. Tampoco contó nunca con asesoría para ese tipo de trámites. Sin embargo, le satisface que esta canción sea reconocida y recordada como un éxito de la música vallena tradicional. ✧



✧ Juegos tradicionales en las fiestas patronales de San Jacinto, Bolívar.

✧ La pava congona

Es una de las canciones más conocidas de Andrés Landero y, sin lugar a dudas, es el himno de la cumbia en acordeón. Landero sigue siendo recordado en el continente por ella; sin embargo, pocos conocen cómo nació y cuál fue el aporte del maestro Juancho Fernández en la composición de la misma. Durante once años Juan Chuchita y Andrés Landero fueron los mejores amigos, sobre todo, cuando de parranda se trataba.

—Esa cumbia “La pava congona” la hicimos nosotros borrachos.

Landero y Juancho acababan de llegar de tocar en una parranda en el pueblo de El Salado (corregimiento de El Carmen de Bolívar recordado hoy por la forma tan cruenta en que les llegó la guerra). Tenían algo de plata en los bolsillos, así que no dudaron en ir donde María Montes:

—En San Jacinto había una taberna que le decían La primavera; era de María Montes. Ahí bailaba Raimundo y todo el mundo.

Allí estuvieron largo rato, compraron algo de ron y quemaron esperma al sonar de la cumbia.

—Compramos, cuando en esa época empezó a salir un anís, ron anís; anís naranja le llamaban.

Juancho nunca ha sido hombre de estarse quieto en un sitio, por eso no dudó en proponerle a su amigo:

—Vamos a hacerle una parranda al viejo Epifanio allá en Arroyito 'e María.

Landero estuvo de acuerdo en salir para la finca de Epifanio, ubicada a unos diez kilómetros de San Jacinto. Así que alistaron el burro y las provisiones para la parranda:

—Yo tenía un burro que le decíamos el Guacharaco, en un la'o metimos el acordeón y en el otro dieciocho botellas de anís naranja. El burro caminando daba tres paso pa'l'ante y seis pa'trás.

Con el Guacharaco dando tumbos por el peso de la carga, demoraron mucho más tiempo de lo previsto para llegar donde Epifanio y la noche los cogió en medio del camino.

—Nos asentamos debajo de un palo 'e totumo donde había una piedrona y empezó él a pregunta'me que cuáles eran los pájaros que cantaban en la noche. Yo le respondía que la pava congona, el corcova'o, la perdiz, todos esos pájaros que yo conocía de mi vida en el campo. Ajá, entonces él fue pensando en la melodía de una canción que hablara de todos esos pájaros. Esa noche comenzó el nacimiento de esa cumbia “La pava congona”, esa dice:

*Una tarde en la montaña
oí cantar el corcova'o
y vi tejiendo la araña
sus redes sobre dora'o.*

*También cantaba el juanpolo
al amanecer del día
lo que me admiraba solo
con eso me entretenía.*

*Cantaba la gallineta
también la pava congona
la perdiz que vive inquieta
y la suirí que da las horas.*

Rápidamente se convirtió en un éxito musical. La grabaron en Medellín y el título inicial fue “Una tarde en la montaña”. Pero la gente la reconocería más por el nombre de una de las aves que se nombra al final de la canción que por

el título original, por eso todos hablan hoy de “La pava congona”. Con el tema listo, Juan Chuchita y Landero llegaron por fin donde el amigo Epifanio.

—Llegamos donde el viejo Pifio ya con el sol caliente, qué serenata ni qué na'. Duramos una semana ahí en el monte, nos bebimos las dieciocho botellas de ron anís, le caímos entre el viejo Alejandrino, el viejo Juancho Férez, el viejo Epifanio, Landero y yo.

Recuerda esos tiempos con nostalgia. La región todavía no se había visto afectada por la guerra que le hizo tanto daño a los Montes de María en las últimas décadas del siglo XX y de la cual quedan algunos rezaños. En ese entonces se podía andar sin problemas de día y noche, al paso calmado de un burro lleno de botellas de ron.

—Nombre, entonces se podía andá' por cualquier parte, se podía caminá' en los campos. Allá con la luna clara decíamos vamos arriba el arroyo ahora mismo y salía la gente sin miedo.

Gracias a la tranquilidad y la seguridad de la región en aquellos tiempos, Landero y Chuchita visitaron todos y cada uno de los festivales y fiestas patronales de los diferentes municipios, corregimientos, pueblos y veredas. Por la fama que habían conseguido con éxitos como “La pava congona”, no era extraño que los invitaran a cuanta fiesta se celebraba en toda la región Caribe.

—Con Landero nos íbamos a las fiestas de toro' por allá a Montería, Cere-té, Planeta Rica; ombe, no dejábamos tierra que no íbamos. Ajá y uno estaba joven, y como dice el dicho: “El que está joven no cree que se va a poné viejo”.

A sus 81 años no cree que vaya a dejar algún día de sentirse joven. Por eso no ha renunciado ni un instante a la idea de recorrer no solo la región Caribe, sino el mundo entero (en los últimos cuatro años ha conocido buena parte de Europa, África y América al lado de Los Gaiteros de San Jacinto).

Cuando acompañaba a Andrés Landero tuvo la oportunidad de grabar más de diez acetatos, en los que quedó el registro de las más importantes canciones de la cumbia con acordeón. Juancho contribuyó no solo con “La pava congona”, sino que aportó muchas otras al repertorio de Landero.

Chuchita vivió la transformación de la música vallenata al lado de este músico: las primeras grabaciones que hicieron juntos las interpretaron únicamente con caja, guacharaca y acordeón; luego insertaron el tambor alegre para darle mayor sonido a la cumbia; después llegaron el bajo eléctrico, las congas, los cencerros, etc. No le molestó la transformación, siempre la vio como algo bueno para el grupo.

—Nosotros anduvimos mucho por todas partes, once años duramos; cuando Landero estaba en todo su apogeo, yo grabé bastantes LP con Landero. En Barranquilla grabamos como seis u ocho veces, en Medellín fueron como dos o tres, en Cartagena también grabamos. Al principio grabábamos solo con caja,



* Con Los Gaiteros de San Jacinto en Cartagena, España.

guacharaca, y acordeón; después le fueron metiendo la timba, el bajo eléctrico, un cencerro. Con esos nuevos instrumentos le fuimos buscando el sabor y todos se dieron cuenta que era positivo.

No sucedió lo mismo con Los Gaiteros de San Jacinto. Al principio, Toño Fernández estuvo renuente a que se le añadiera la tambora a la música de gaita colombiana. Esto puede parecer contradictorio, ya que fue él quien incorporó el canto a esta música de herencia indígena. Cuando Fernández la conoció no tocaban la tambora; utilizaban el tambor llamador para llevar el contratiempo, el tambor alegre para marcar la base rítmica, la gaita hembra para la melodía y la gaita macho con la maraca para acompañar armónica y rítmicamente. Nadie cantaba, era puramente instrumental.

Esa música de gaita colombiana sin voces que conoció el tío de Juan Chuchita a principios del siglo pasado nació con los ritos de algunos grupos indígenas. Sabemos que tanto las gaitas (mal llamadas así por los españoles conquistadores y cuyo nombre original en la región montemariana es chuana y en la región de la Sierra Nevada es kuisi) como las maracas son instrumentos nativos precolombinos, que todavía hoy son usados por algunos grupos indígenas en sus ritos y danzas.

La función ritual de la música de gaita para estos pueblos le imprimió siempre un tono de lamento y súplica, pero también un fervor a los sonidos que salían de las particulares flautas hechas con cardones⁴, pluma de pato y cera de abeja. Los tambores que conoció Toño Fernández acompañando a las gaitas en las primeras décadas del siglo XX, fueron el resultado de años de sincretismo indígena y afrodescendiente. En la zona de los Montes de María, los campesinos comenzaron a apreciar la música de gaita y la utilizaron, con frecuencia, para amenizar las fiestas.

Cuando el tío de Juan Chuchita decidió constituir la agrupación musical Los Gaiteros de San Jacinto, resolvió incluir su voz. Pero pasarían varios años para que Catalino Parra, quien ingresó a la agrupación en los años sesenta, introdujera la tambora, instrumento propio de su región, en el grupo que dirigía Toño Fernández. Juancho lo cuenta de la siguiente manera:

—Es como la tambora en la gaita: al principio tocaban la gaita hembra, mi tío [Toño Fernández] tocaba la maraca, la gaita macho y cantaba, y lo acompañaban el tambor llamador y el tambor alegre, no había tambora. El que le agregó la tambora fue Catalino Parra. Como en la tierra de él usan mucho la tambora, él se la metió un día al conjunto de mi tío. Mi tío Toño no quería consentir eso, pero tiempo después le fue cogiendo el gusto a la vaina, sabía que era un descanso para él.

4. Una especie de cactus típico de la región montemariana.

Juan Chuchita aprendió los golpes básicos en la tambora con Catalino Parra. Su primer acercamiento a este instrumento ocurrió una mañana en la que, por pura casualidad, se encontraron mientras Catalino practicaba en su casa.

—Con Catalino Parra me encontré una vez allá en Las Piedras, le pedí prestado los palos y molesté con la tambora, entonces me dijo: “Ombe cuándo vas a vení’ pa’ enseñarte...”.

De esta manera, cuando todavía era guacharaquero comenzó a aprender a tocar la tambora. Desde hacía ya varios años que esta se había insertado como instrumento fundamental en la música de gaita. La tambora le daba profundidad y mayor gravedad a los sones instrumentales o cantados de los gaiteros. Le gustó mucho el instrumento y cuando se distanció de Andrés Landero y su conjunto, por no haber podido viajar a México debido a la falta de ayuda en el trámite del pasaporte, su tío no dudó en darle la oportunidad de tocar la tambora con Los Gaiteros de San Jacinto, ya afamados para ese momento. Sin embargo, como para Juan Chuchita el canto siempre fue lo suyo, no desperdiciaba oportunidad para cantar mientras tocaba, pero eso no le gustaba para nada a su tío.

—Cuando yo empecé a tocar con él fue lo mismo. Yo tocaba la tambora y a veces cantaba, a la gente le gustaba cuando yo cantaba, pero mi tío me regañaba siempre; a él no le gustaba que yo cantara porque él decía que el cantante era él, y yo le decía que él no podía durar toda la vida, él tenía que ir dejando la herencia. Cuando él no pudo cantar más fue cuando yo fui la voz líder de Los Gaiteros.

Juancho inició en los años setenta su carrera musical con Los Gaiteros de San Jacinto. Primero se encargó solamente de la tambora, luego hizo las dos cosas.

—Yo tocaba la tambora y cantaba al mismo tiempo, pero con la vaina de la artritis a mí se me caían las baquetas, entonces yo me dediqué solo a cantar.

Su enfermedad en las articulaciones no le permitió seguir tocando la tambora, así que cuando su tío no pudo cantar más, fue la voz líder y la cara más visible de Los Gaiteros de San Jacinto. Lo es hasta el día de hoy.

Chuchita recuerda la primera vez que lo buscaron para tocar en Bogotá recién ingresado a la agrupación de su tío Toño Fernández. Siempre mantuvo sus trabajos de agricultura, pues en ese entonces no se podía vivir solo de la música.

—Cuando llegué del campo me dice Arnulfa Helena: “Mira por ahí te vieron buscando unos cachacos pelu’os, barbones, cabellones”. Se presentan Roberto Ferro y Juan Viera, que fue cuando inventamos la vaina de la Casa Colombia, ahí fue a’onde enseñamos a toda esa cachaquera a toca gaita, a toca tambores y a bailá’ gaita.



✦ Con Los Gaiteros de San Jacinto en Canadá, 2012.



© Gabriel Torregrosa

✦ Juan Chuchita con Nicolás Hernández a su derecha.

A Juan Chuchita se lo llevaron a Bogotá a dictar talleres de música de gaita. Para aquella época ya Los Gaiteros de San Jacinto, de la mano de su director y representados por los hermanos Zapata Olivella, Delia y Manuel, le habían dado la vuelta al mundo. Desde los años cincuenta los Zapata Olivella llevaron al grupo a distintos países de Europa y Asia para mostrar las músicas y las danzas tradicionales de nuestro país. Como resultado, en los años setenta Los Gaiteros de San Jacinto eran ya una leyenda viva de la música y en Bogotá los recibían con admiración y respeto cada vez que llegaban.

—En el año 1976 llegamos a la Casa Colombia. Ahí enseñábamos de todo, todos los instrumentos y a bailar. Antes, cuando nosotros llegábamos ¿sabes qué hacía la gente? Se cruzaban de brazos. Los cachacos solo miraban, lo miraban a uno con las manos atrás. Carajo, después le fueron cogiendo el gusto al asunto y la segunda vez que vinimos enseñábamos hasta los martes, la gente no cabía.

Los talleres de Los Gaiteros de San Jacinto dieron grandes frutos. Hoy es posible encontrar una buena cantidad de grupos de gaita en la capital colombiana conformados por personas del interior del país. La relación con Bogotá ha sido grata desde aquel entonces. Con frecuencia Juan Chuchita viaja a la capital para cumplir con compromisos musicales o para hacer escala cuando va a viajar a destinos internacionales. A finales de los años ochenta Los Gaiteros de San Jacinto pasaban largas temporadas en la capital.

—Cuando murió mi tío Toño, Nico se hizo cargo de Los Gaiteros. En esa época sí nos concentrábamos, durábamos hasta un año sin ir a San Jacinto. Buscamos mujé, allí fue cuando cayeron las leonas.

Las leonas son unas hermanas de apellido León que se enamoraron de todos y cada uno de Los Gaiteros. Algunos de ellos tuvieron largos amoríos que

trascendieron generaciones. Juancho no se dejó devorar por las leonas, como buen cazador aventurero siguió en busca de nuevos retos. ✦

María Zolá

Las marías han estado presentes siempre en la vida de Juan Chuchita. Se atraviesan en su camino sin pedir permiso. A todas les hace una canción pensando en descifrar y cambiar su suerte, porque pareciera que, como dice la canción, “todas las marías quieren acabar con él”. María Zolá.

—Era una mujer que vendía pesca'o de allá de María la Baja a Paraíso y se hizo íntima amiga con las hijas mías, y llegó a San Jacinto un día y se puso a llover y no pudo regresarse. Las muchachas se la llevaron para la casa.

Para entonces ya tocaba con Los Gaiteros de San Jacinto y ese día tenía una presentación en el pueblo.

—Yo tenía compromiso de tocá' con Nico⁵ allá abajo en la plaza que llaman la bajera...

Cuando las hijas de Juancho llegaron a la casa con María Zolá él estaba, por costumbre, tomándose unos tragos con amigos en la sala de su casa, mientras escampaba un poco. Por supuesto, ella se unió a la reunión y los acompañó a beber mientras escuchaba el canto del anfitrión.

—Bueno, yo siempre hago en mi casa mis rodeos, me tomo mis traguitos, y ese día ella también se tomaba sus traguitos... y la negra en vista que yo cantaba me miraba así con su vaina...

El problema era que Juancho, jugando de local, tenía los ojos de Arnulfa Helena encima. Cualquier movimiento en falso podía desatar otra tormenta.

—Pero ella [María Zolá] quedó querellándose conmigo...

Con la inquietud de las miradas de María Zolá en la cabeza, Juan Chuchita se fue a cumplir con su compromiso musical. Durante la presentación no dejó de pensar en la negra que pasaría la noche en su casa y que le había sonreído al verlo cantar. Después de la presentación, sus compañeros gaiteros lo invitaron a tomarse unos tragos mientras esperaban que saliera de nuevo el sol. No obstante, se sentía intranquilo con la visita que aguardaba en su casa. Así le contestó a Nicolás y al resto del grupo ante la invitación:

—Ombe yo voy pa' la casa, yo tengo mi negocia allá.

Pero la situación no era fácil. El sueño de Arnulfa Helena nunca fue tan

5. Nicolás Hernández, miembro y director de Los Gaiteros de San Jacinto por mucho tiempo, actualmente retirado de la música, vive en San Jacinto.

pesado como para no sentir el mínimo movimiento del amor. Además, su casa siempre fue pequeña y los ruidos de un cuarto se escuchaban en el resto de la vivienda. Cuando llegó a su casa encontró que ya todas y todos estaban durmiendo. María Zolá dormía en una hamaca en la sala. Él se detuvo un momento al entrar, dudó por un instante. Contempló a la vendedora de pescados y suspiró tan hondamente que no pudo dormir en toda la noche. Al amanecer ya la canción estaba hecha:

*De noche me ataca un sueño
corro y me voy a acostá'
me acuesto pero no duermo
pensando en María Zolá.*

*Paso la noche acostado
me tengo que desvelá'
siento un suspiro a mi lado
y es la negra María Zolá.*

*Escuchen la lira mía
este será mi destino
es que todas las marías
quieren acabá' conmigo.*

*Guayabo no estoy sufriendo
por ser un hombre veloz
si María llaman la que tengo
y María la que me dejó.*

A María la canción le gustó tanto que tiempo después le prometió un gallo a Juancho. Enrique Díaz también la escuchó y no dudó en solicitarla para grabarla:

—Joda compa esa vaina está buena, vamos a grabarla.

También se hicieron versiones en música de gaita y desde entonces ha sido uno de los temas preferidos de muchos grupos del folclor nacional. Cuenta Juan Chuchita que después de haber grabado la canción, Enrique Díaz conoció a María Zolá en el municipio de María la Baja, de donde también él es oriundo. Lo primero que le dijo a Juan Chuchita cuando se encontraron luego de conocer a la mujer fue:

—Compa usté' por qué desperdicia su inteligencia en una mujé' tan maluca.



✧ Juan Chuchita al lado del octogenario gaitero Manuel Antonio, Toño, García.

Por supuesto que a Juan Chuchita no le gustó el reclamo del juglar vallanato, así que no dudó en decirle:

—Vea compa, no se ponga a criticá' la vida ajena que a usté' nadie le dice na', pero no vaya a cree que usté' es tan bonito, a usté' lo que lo defiende es el acordeón.

Por poco y se van a los golpes. Sin embargo, la amistad musical aún se mantiene. ✧

El son de los pájaros de la noche

Aunque conoce bien la naturaleza y se acostumbró al ruido de los animales del monte, Juan Chuchita recuerda una noche sobrenatural que le hizo sentir el frío y el miedo más profundos de su vida. Necesitaba estar temprano en una tierra que cultivaba en las afueras de San Jacinto. Decidió salir a medianoche para que los primeros rayos del sol lo cogieran trabajando. Sin pensarlo dos veces, cuenta que agarró su famoso burro Guacharaco y salió en plena luna nueva.



© Florian Schulte

✧ En concierto con Los Gaiteros de San Jacinto, tour de verano por Europa, 2010.

Cuando ya había avanzado unas dos leguas y cualquier vestigio de claridad se había perdido, la atmósfera comenzó a tornarse pesada, el frío calaba en sus huesos, la respiración comenzó a acelerarse y el corazón quería salirse. No entendía qué pasaba, el viento rozaba con fuerza, sentía sus manos sudorosas. Acudió entonces a una de las dos botellas de ron caña que cargaba en la mochila. Se bebió un trago largo sin respirar. Era la primera vez que su adorado ron caña le sabía amargo. La cabeza comenzó a darle vueltas, por poco se cae del Guacharaco.

Chuchita se bajó del burro y caminó hacia el alto de una pequeña loma. Se sentó y trató de tranquilizarse. No solo era la brisa fría, sino que escuchaba ruidos del monte que jamás había percibido. Pasó un búho revoloteando que alteró más los sonidos de la noche. Con detenimiento se dio cuenta de que este y otros pájaros nocturnos cantaban de forma extraña. En su sabiduría campesina entendió que todo era causa de la brisa que bajaba por el cerro. Entonces, un poco más calmado, se sentó a componer:

*Salgo de San Jacinto directo a Arroyo 'e María
a donde hago mis trabajos a veces cuando me arriesgo
una voz en el camino con tristeza me decía
aquí trinan los pajaritos cuando oyen zumbar el cerro.*

*Ya yo juré de no volver a esta región
oiga querido amigo yo se lo doy por consejo
que en el peso de la noche se oye roncar un león
y el canto de un pajuil que hace ladrar a los perros.*

*Si sales de madrugada es cruzar un arroyito
después que pasa el zumbi'ó le juro que usté' se asombra
que arriba de un arbolito allí es pegar un tañi'ó
y es el canto de búho casi igual que una persona.*

Lo que no pudo el ron caña lo logró el canto. La composición le ayudó a superar el temor de la noche.

—Ese susto fue grande esa noche, ajá, pero me llevé la composición. Así es que nacen las canciones, de todas las cosas que a uno le pasan. La composición me ayudó a quitarme el miedo. El canto siempre me acompaña, en las buenas y en las malas.

Llegó a su destino un poco después de lo previsto, pero con la satisfacción de no haber permitido que el miedo lo venciera. El canto fue su compañero y, como siempre, su arma de batalla para enfrentar la adversidad. Recuerda que son muchas las historias de juglares en las que el canto y la música les han ayudado a superar incluso la muerte.

—Ajá, cuentan que Francisco el Hombre venció al mismísimo diablo en una piquería.

Todavía Chuchita no ha tenido que enfrentarse al diablo, pero el día que le toque seguro lo vence con el canto y la guacharaca. ✧

✧ Consuélame

En su vida de aventuras y en su afán por ganarse la vida, a Juan Chuchita le tocó vivir innumerables desafíos. En una de sus andanzas llegó a Barranquilla sin un peso, ya estaba casado con Arnulfa Helena y necesitaba un trabajo que le permitiera enviar algo de plata a San Jacinto. Tras mucho buscar encontró uno en una empresa de construcción y carpintería. No tenía ni idea de carpintería, su trabajo siempre había estado en el campo.

—¿Yo cuándo he si'ó carpintero? —se pregunta con ironía al contar la historia—. Me pusieron de ayudante de carpintería para que me ganara mis centavos.



✦ Al lado del gaitero mayor Toño García en el Festival Folk Music en Villa de Leyva, Boyacá, 2011.

Se le midió al trabajo con ganas. Allí hizo algo de dinero para mandarle a su esposa en el pueblo y para tomarse sus traguitos de vez en cuando. En una fiesta de amigos en Barranquilla, una noche se encontró con una muchacha que lo cautivó. Él, como siempre, se lucía con el canto y a ella no le fue indiferente su gracia. Para fortuna de Juancho, esta mujer no se llamaba María.

—Parrandeando un día me encontré con una muchacha a llamarse Maritza Altamar. Los tíos trabajaban conmigo, ellos eran los albañiles, yo era el ayudante de los albañiles.

En ese primer encuentro con Maritza, los tíos de ella y compañeros de labor de Chuchita, no estaban. Así que no encontró impedimento alguno para cortejar a la preciosa morena. Allí comenzó el romance que duró buen tiempo. Ella estaba recién separada del marido y Juancho Fernández estaba, no solo por los varios kilómetros que separan a Barranquilla de San Jacinto, distanciado de su adorada Arnulfa Helena. Maritza y Juan Alberto gozaron de los placeres del amor por una temporada en medio de las angustias de los desamores. Los tíos de Maritza desconocían por completo la relación que a escondidas llevaba su ayudante con la joven.

—Todo iba bien hasta que un sábado después de pago nos fuimos pa' la casa de ellos [los tíos de Maritza]; estábamos en una parranda con vallenato, yo, como siempre, me puse a cantar.

En medio de la parranda llegó ella de forma inesperada.

—Cuando en eso viene bajando Maritza. Los compañeros de trabajo, que eran familia de Maritza no sabían que nosotros andábamos desde hace un tiempo, ni tenían idea que yo sabía que ellos eran familia de la morena. Entonces cuando ella venía bajando me dice uno de ellos: “¿Por qué no le haces unos versos a esa morena que viene ahí?”. Ahí fue a'onde yo le dije:

*Linda morena y tu orgullo
me tienes el corazón hecho pedazos
dame la mitad del tuyo
para morir en tus brazos.*

*El que cuenta de las ferias⁶
es porque se ha visto en ella
cuéntame algo de la tuya
pa' que me consueles negra.*

6. Juan Chuchita llama *ferias* a los desamores.

*Te quiero con gratitud
que me encanta tu sonrisa
pa' que me consueles tú
cómo te pido Maritza.*

*Negra si no te consigo
me causa una ausencia de dolor
Dios te mandará un castigo
y quien sufre es tu corazón.*

Con estos versos se delató ante los tíos de ella. Lo primero que le preguntaron cuando terminó de cantar fue:

—¿Ajá, y tú cómo sabes que se llama Maritza? Ahí nos descubrieron.

Chuchita no duró mucho tiempo de ayudante de carpintería en Barranquilla; le hacía falta la música y en la ciudad no se sentía tan a gusto como en el campo. Rápidamente se fue a buscar nuevos rumbos, nuevos horizontes.

Para no dejar en el olvido a su querida Maritza, con los versos improvisados, compuso la canción que luego titularía “Consuélame”. No pasó mucho tiempo para que el también sanjacintero, Adolfo Pacheco Anillo, se la pidiera para grabarla a ritmo de vallenato. Esta fue una de sus primeras composiciones que Juan Chuchita escuchó en un acetato y en la radio. ✨

Mi fracaso

En la vida de Juan Chuchita se han presentado grandes y múltiples tropiezos. Como guacharaquero y cantante vallenato una vez sufrió un gran infortunio. Cierta día llegaron a buscarlo: José de los Reyes Campos, un acordeonero de San Basilio de Palenque, se presentó donde Chuchita para pedirle un favor musical. Al palenquero lo habían contratado para una fiesta en una población llamada Arroyohondo Llerena, a 60 kilómetros de San Jacinto. José no tenía cantante y conocía bien las virtudes artísticas de Juan Alberto. Como su pasión es cantar, no se niega a las invitaciones que implican parranda vallenata. Ese mismo día partieron para Arroyohondo. Chuchita fue a su casa, recogió la guacharaca, se cambió las abarcas y tomaron camino.

—No me llevé sino la encapillá que tenía porque creía que era de un día pa' otro y duramos como tres días. Y el día que regreso no tenía ni cinco, me metí en la finca que llaman Cartago de Lisandro Guzmán, ahí hice una estación.

Después de tres días de parranda, con la misma ropa y sin un peso en los bolsillos, pues lo poco que tenía se lo gastó en el viaje de ida y el acordeonero nunca le pagó por sus servicios musicales, Juancho se devolvió para San Jacinto a pie. Unas quince leguas de camino bajo el inclemente sol del Caribe fue su desgracia. De esa experiencia nació esta canción:

*He quedado fracasado con una sola camisa
una sola camisilla y un solito pantalón (bis)
muchos hombres somos buenos y nos acompaña el tiempo
seguimos siendo buenos si es buena la situación.*

*El caso que le ha pasado al pobre de Juancho Fernández
salió a buscá' trabajo y no encontró colocación
en Cartago estaba varado con una sola camisa
una sola camisilla y un solito pantalón.*

*Aconsejo a mis amigos todo de buen corazón
deben de aprovechar cuando llega la ocasión
porque sufren el fracaso le dice Juancho Fernández
le ha quedado una camisa y un solito pantalón.*

Como muchas de sus composiciones, esta canción no ha sido grabada aún. En su cabeza reposan un sinnúmero de versos que forman parte de su historia vital. En este libro se ponen por escrito algunas de estas letras por primera vez, pues Juan Chuchita no ha necesitado nunca de la rigidez de la escritura para componer o para recordar sus canciones. Cada una de ellas nace con una melodía, cada letra ya viene con un ritmo propio y auténtico.

De esta manera, tal y como sucedía con los versos homéricos y hesiódicos, las composiciones se recuerdan como cantos. La música le permite recordar con facilidad los cientos de estrofas que narran la historia de su vida. Por eso Juancho nunca se ha avergonzado de no saber leer o escribir; por el contrario, es consciente de que, aunque nunca fue al colegio, su mayor escuela han sido el campo y la música. En esos lugares entendió que para conocer el mundo es fundamental aprender a leer lo que está escrito en los árboles, en la tierra, en los animales, en el viento, en la montaña, en las nubes, en el agua, en los ojos de una mujer. Sin duda alguna, es un gran lector de la vida misma. ✨



✨ Ceiba centenaria de la Plaza de San Jacinto.

El gallo de María Zolá

María Zolá estuvo siempre al tanto de los suspiros que no dejaban dormir a Juan Alberto. Cada vez que escuchaba la canción que llevaba su nombre, recordaba aquellas miradas y sonrisas en medio del aguacero de mayo en la casa del padre de sus amigas. Gracias a que recorría toda la región montemaricana vendiendo el pescado que cogían en María la Baja y a las travesías musicales de Juan Chuchita, María Zolá se encontraba en ocasiones con el compositor de la canción que hizo famoso su nombre.

Siempre vivió agradecida por la canción que le compuso Juancho, nunca antes le habían hecho semejante homenaje. Para recompensar los favores recibidos y como una muestra de lo gratificada que se sentía con la canción, María Zolá le dijo un día en Paraíso:

—Te voy a regalá' un gallo pa' que te lo comas allá en mi casa.

Era tal el aprecio que sentía por él, que en muchas ocasiones María Zolá lo llevó a su casa en María la Baja. Chuchita era amigo de Peyito, el esposo de María Zolá, un hombre de baja estatura que atendía al famoso cantante cada vez que este los honraba con su visita. Sin embargo, con todo el cariño que le



✦ Intercambio de sombreros tradicionales, Juan Chuchita en el aeropuerto de Casablanca, Marruecos, 2008.

tenían, nunca le pagaron la promesa del gallo. Pasaron muchos años y en vista de la demora, Juancho decidió hacer una canción:

*Ya le estoy cogiendo el fallo
a la negra María Zolá
a tiempo me ofreció un gallo
y ahora me lo quiere negá'.*

*El día que yo me la encuentre
se lo voy a recordá'
le digo que me lo preste
si no me lo quiere da.*

*Ay María Zolá (bis)
debes de prestarme el gallo
si no me lo quieres da.*

*Como el gallo es de Peyito
no me lo quieres prestá'
ay negra préstame el gallito
que Peyito no dice na'.*

Como dato curioso, luego de haber compuesto y grabado la canción, mucha gente interpretó de diversas formas la petición de Chuchita a María Zolá. Muy pocas personas en realidad entendieron que el gallito de la negra Zolá, en realidad, era el animal cantor que anuncia la madrugada. Como conocían la picardía de Chuchita, ninguno de sus amigos quiso creer que la historia del gallo fuese verdad. Pensaban que se trataba de un pretexto de Juancho para cantarle con gracejo a la negra María Zolá. Sin embargo, el autor de esta canción me confesó que la historia pasó tal cual y que en su composición no hubo ninguna intención de establecer sentidos distintos al literal. Pero así es la música, la poesía y el arte en general.

Una de las cosas que más le duele a Juan Chuchita sobre esta canción es que cuando logró grabarla ya María y Peyito habían muerto. Ninguno de los dos pudo escuchar la reclamación musical del gallo. Así que quedó peor que el coronel: sin gallo y sin pensión. ✨

El son de Pablo Julio

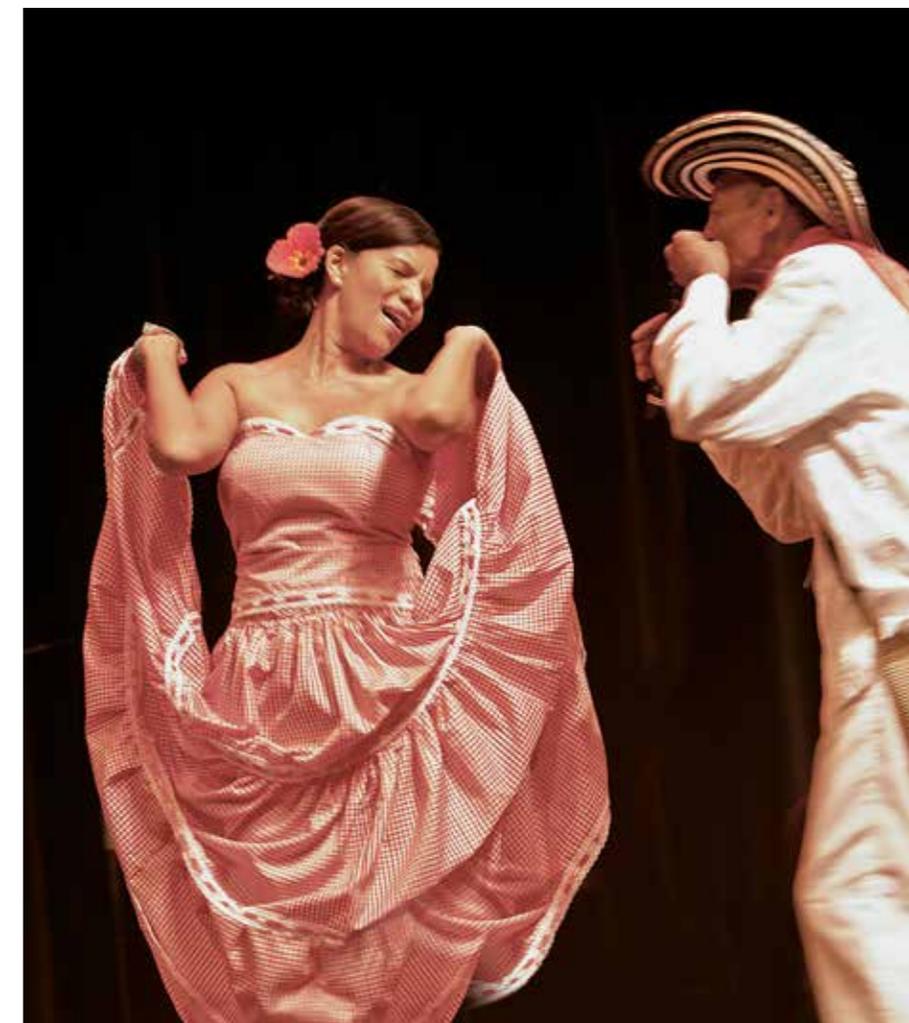
A lo largo de su vida Juancho ha tenido grandes amigos y amigas. Mucha gente le ha dado la mano cuando más lo ha necesitado. A ellos y a ellas siempre ha tratado de recompensarles con un homenaje. Como lo suyo es el canto, la mejor ofrenda posible es componerles una canción. Ese fue el caso con Pablo Julio, un comerciante de la región que se hizo amigo de Chuchita gracias a que, en muchas ocasiones, lo escuchó cantar en parrandas.

La relación con Pablo Julio fue complicada al principio. Entre ellos se interpuso la disputa por una mujer. Juancho conquistaba a cuanta mujer bonita se le atravesara: con su canto y su particular gracia para el baile enamoraba a las muchachas.

—Una vez nosotros —Pablo Julio y él— estábamos en María la Baja. Yo me llevé a una negrita a llamarse Tomasita Torres, muy bonita la negrita. Envidiosa estaba la gente con esa negrita. Pablo Julio me echó a un poco 'e gente a ve' si me la podía quitá', pero nada.

En aquella ocasión Juan Alberto se vio en peligro de muerte por haberse llevado a Tomasita Torres. En el pueblo nadie estuvo de acuerdo y la gente, encabezada por Pablo Julio, intentó, por todos los medios, atrapar a la pareja de furtivos enamorados. Las mujeres afrodescendientes han cautivado desde siempre a Juancho y Tomasita no fue la excepción. Se encaprichó con ella, tanto que no le importó poner en riesgo su vida.

Duró un buen tiempo escondido. Gozaba día y noche de los amores de la negra Tomasita. Él le cantaba mientras ella bailaba con la dulce sabrosura de la sangre africana. Ya la familia de la joven bailadora había perdido las esperanzas de recuperarla; sin embargo, no pasó mucho tiempo para que, con el dolor de su alma, abandonara el calor del baile de Tomasita. Para desgracia suya, el trabajo de cantante lo obligó a salir de su escondite y a recorrer la región alegrando la vida con su canto. De esta manera, tuvo que resignarse a dejar a Tomasita y volver con su adorada Arnulfa Helena, la que siempre lo ha esperado en San Jacinto.



✨ En el sensual baile de la cumbia durante su gira de verano en Estados Unidos y Canadá, 2012.

Con Pablo Julio duraron mucho tiempo sin poder verse. No obstante, el tiempo cura los más grandes rencores y después de dejar a Tomasita, la amistad retornó. Pablo Julio sentía gran aprecio por el cantante andariego que enamoraba a las más difíciles y bellas muchachas.

—Un día me lo encontré y me dijo: “Te voy a regalá' un patio aquí en Paraíso, pa' que vivas aquí, joda pa' que llegues a tené' plata”. Ese día volvió la amistad.

Aunque nunca llegó a tener plata como Pablo Julio, sí logró que mucha gente alrededor de todo el mundo se hiciera amiga de su canto. Con diez hijos que mantener y un intenso gusto por el ron, nunca le ha alcanzado el dinero para vivir con las comodidades que todo gran artista colombiano se merece. Pero con Pablo Julio, Chuchita tuvo siempre las mejores atenciones cuando lo visitaba en su casa y, sobre todo, cuando departían en alguna parranda. Por eso fue que le prometió hacerle una composición. Pablo Julio quería que Juancho le grabara una canción en su honor para darse el gusto de parrandear con un son que hablara de él.

—Era un hombre generoso, le daba comida a uno toda la que quieras. Yo me lo encontré un día, estaba todo enfermo y me dijo: “Joda me vas a dejá’ morí y no me vas a hacer el son”. Yo te lo tengo hecho, lo importante es graba’lo.

Era cierto, le tenía un gran aprecio a su amigo y hacía tiempo le había compuesto la canción vallenata que él tanto le solicitaba. Para dar fe de la labor cumplida, Juancho procedió a cantarle allí mismo el son a Pablo Julio:

*A un amigo yo me voy a dirigí’
porque conmigo tiene un bonito trato,
díganle a Pablo Julio que me espere ahí
que espere a Juancho el veinticuatro,
si en el primer carro yo me puedo ir
para parrandear un rato.*

*Le gusta la parranda es con acordeón
la gente dice que es que tiene orgullo
él parrandea conmigo por invitación
esas son las maldades de Pablo Julio.*

*Mi memoria no fracasa
son cosas que se razonan
si no lo encuentro en la casa
me atiende la niña Sonia.*

*Eso lo hace la educación
cuando se estima un amigo
me pasa una invitación
ay quiere parrandí’ conmigo.*

A Pablo Julio le emocionó inmensamente escuchar la canción que había sido hecha en su nombre. Cuenta Juancho que le gustó tanto, que no pudo aguantar el torrente de lágrimas que expresaron de forma visible su infinita alegría.

—Ese día que se lo canté Pablo Julio lloró, le gustó mucho. Me decía: “Yo quiero es que me lo grabes”.

Pablo Julio no iba a estar contento hasta que no se emborrachara escuchando una y otra vez su canción en el tocadiscos de la sala de su finca. Pero la muerte se le adelantó: dos meses antes de que Juan Chuchita grabara la canción, Pablo Julio partió a seguir la parranda al otro lado de la existencia.

—Pablito no alcanzó a escucha’lo graba’o, murió dos meses antes de que yo lo grabara. Eso sí que me dolió, ajá, ya muerto pa’ qué, bonito los homenajes en vida. Pero Pablito murió sin haber parrandia’o con la canción que yo le hice.

Juancho no logró su cometido con su amigo. Lo mismo le pasó con “El gallo de María Zolá” y con Manuel Anaya, otro gran amigo. Pareciera como si la muerte se empeñara en jugar con sus canciones. Por eso él siempre dice que lo mejor es hacer los homenajes en vida.

—Ajá, hay gente que uno les trata de hace’ una vaina y se mueren, y uno se arrepiente porque el autor⁷ no lo escucha, que es lo que más me duele a mí, por eso digo mejor que me quieran vivo, porque ya muerto pa’ qué. ✨

El gavián jabao

Como fue criado en el campo, Chuchita no olvida los momentos que ha vivido labrando la tierra en las distintas zonas del Caribe colombiano. Recuerda, con nostalgia, cuando arrancaba ñame a la orilla de una de las montañas de los Montes de María. Siempre cantó mientras trabajaba en el campo, lo heredó de su tío Pedro Zará. Varias son sus composiciones que rememoran la vida del campesino y que relacionan la naturaleza con su propia vida. Uno de los autorretratos musicales que más le gusta es el que compuso una mañana de labores. Desde niño ha sido un gran observador. Conoce bien la naturaleza y los animales de la región, así que un día, cuando vio un pequeño gavián jabado⁸ mientras arrancaba ñame, comenzó a cantar:

*A mí me dicen el gavián jaba’o
porque vivo cantando a orilla de la cordillera
soy el gavián que siempre vivo enamora’o
yo vivo persiguiendo a las palomas mensajeras.*

*Soy el gavián que siempre vivo en la montaña
vivo enamorado en busca de mi fortuna
Soy el gavián y digo que me ha de llevar
para que lo sepan de las tres hermanas una.*

7. Para Juan Chuchita la persona que inspira la canción o a quien va dedicada es en realidad el autor de la canción.

8. El gavián jabado es el mismo gavián pollero.

*Soy el gavilán que siempre vivo en la montaña
vivo persiguiendo a las palomas mensajeras
solo me divierto donde tengo mi cabaña
cuando salgo a mi pueblo siempre traigo cosas buenas.*

*Mis amigos yo soy el Juancho Fernández
que me gusta cantar con mucho gusto y placeres
a mí me dicen el gavilán jaba'ó
y siempre me ha gusta'ó de elogiar a las mujeres.*

En este autorretrato, Juan Chuchita habla de sus mayores pasiones: las mujeres, el campo y la música. Aquí hace una analogía con un ave que ataca a las palomas, se presenta como la encarnación de un gavilán que no deja paloma quieta en la región. Este canta, vuela y revolotea por la región cazando palomas mensajeras.

También predice la caza de su Arnulfa querida. Efectivamente el gavilán se llevó a una de las tres hermanas: ella es su actual y eterna esposa, Arnulfa Helena. A otra de las tres hermanas se la llevó Andrés Landero. Cuenta que él y Landero tenían un gusto similar por las mujeres; fueron muchas las que se disputaron. Pero, con seguridad, en toda la región montemariana no ha existido un gavilán más peligroso que Chuchita.

—El gavilán jaba'ó es un gavilancito, chiquitico, pero peligroso, lo ves tú que tuerce la cola, paloma que tropiece tiene que morir o enterrarse pa' que no se la coja.

Juancho tampoco dejó escapar nunca a alguna paloma que le interesara. Siempre fue el más peligroso con su canto y su baile. Su secreto ha sido mirar a los ojos a las mujeres cuando interpreta sus canciones. El gavilán jabado ha vivido enamorado y no ha dejado de cantar porque guarda la esperanza de seguir cazando palomas desprevenidas que lo miren a los ojos. ✨

La traicionera

En la población de Arroyo de María, donde trabajaba la tierra para ganarse la vida, fue donde encontró su primera traición. Era una muchacha hija de Juan Elías, amigo y colega en el trabajo del campo. Este no cantaba pero era poeta, como su amigo Juan Alberto. La amistad entre ellos era grande, a Juancho lo querían como si fuera de la familia. Tanto que Juan Elías le insistía para que se casara con una de sus hijas.



✨ Durante el lanzamiento del álbum titulado *Así tocan los indios*, Bogotá, 2012.

A Juan Chuchita siempre le gustó la menor de las hijas de él, una mujer joven de baja estatura, piel trigueña y ojos color miel. Caminaba con una gracia única. El solo caminar volvía loco a Juancho. Cada vez que la veía, comenzaba a dedicarle versos, le componía los más inspirados. Sin embargo, ella no le sonreía como sí lo hacían los otros muchos amores a los que Juancho les cantaba sus versos.

La morena comenzó a prestarle atención al joven Juan Alberto, pero él notaba cierta frialdad en sus miradas. Aunque le decía que lo quería, él sentía algo extraño en ella. Sin embargo, su enamoramiento por la joven de cabello encaracolado era más fuerte y no prestaba mayor atención a su intuición.

Los rumores no demoraron en llegar a sus oídos. La gente del pueblo le decía que habían visto a su morena con otro hombre. Pero, al mejor estilo tomasino, no se convenció hasta el día en que la vio con el negro José María Piñeres. El día que sintió cómo se le arrugaba el corazón compuso “La traicionera”:

*Yo tengo que buscar una muchacha
pero que sea una morena bella
para ver si consiguiéndome otra
yo puedo festejar mi feria.*

*Yo confiaba en la que tenía
yo creía que era una mujer seria
pero con otro me traicionaba
y eso era costumbre en ella.*

*Desde ha tiempos a mí me lo decían
pero yo no lo quería creer
hasta que me la cogí en la picardía
y yo me tuve que convencer.*

*Ella me decía que me quería
ella me decía que me adoraba
pero desde los primeros días
ombe al pobre Juancho traicionaba.*

Juancho no tuvo necesidad de reclamarle a la joven morenita, bastó con la canción. En el fondo siempre supo que algo andaba mal, pero, por la terquedad y los caprichos del amor, nunca prestó atención a las habladurías. Ya no había nada que hacer. Su desahogo fue la canción. ✨



Vida del campesino

Juan Chuchita no deja de componer. Cada momento de su vida es un motivo de inspiración que pocas veces desaprovecha. Hace tan solo unos años, antes de salir a una gira en Bogotá, compuso una canción al ver a su hija sola con su marido en una finca en la que trabajaban. Estaba ubicada a las afueras de San Jacinto y no contaba con los servicios básicos de luz eléctrica, gas o agua potable.

Recordó cuando él vivía en condiciones similares mientras trabajaba la tierra ajena (porque nunca tuvo una parcela propia que pudiera cultivar). La oscuridad y el silencio de la noche entristecen la vida activa del campesino, pero Juan Chuchita siempre tuvo la compañía del canto, así que no sufrió por ellos. Al contrario, en esas horas de soledad es cuando, dice él, “la mente más trabaja”.

Cuando tenía unos 20 años de edad, Juancho cuidaba una finca de un muchacho llamado Abel Amaranto. El terreno quedaba arriba de la quebrada La Mojana. Pasaba el tiempo cuidando gallinas, cerdos y caballos. Cierta día, llegó Abel Amaranto con un radio de pilas que había comprado en Barranquilla. Juancho no había tenido nunca un aparato de esos. Abel le insistía que lo utilizara para distraerse, allí podía escuchar música y noticias. Sin embargo, a Juan Alberto no le interesó la novedad del radio de pilas. En ese momento ya cantaba y comenzaba a dar sus primeros pasos en la guacharaca.

Gracias a que los fines de semana los hermanos Juan y Daniel Cantillo tocaban vallenato en guitarra en una finca cercana, Chuchita comenzó a “necear” con la guacharaca. Cada fin de semana, sin falta, iba adonde trabajaban los hermanos Cantillo no solo para escucharlos sino para practicar su canto y su interpretación del tradicional instrumento.

En los encuentros con los Cantillo, Juancho desarrolló sus habilidades para la música vallenata. Tiempo después cuando Andrés Landero lo escuchó tocar, no dudó en invitarlo a ser parte de su conjunto vallenato. En su época con Landero, Chuchita ganó varias veces el premio al mejor guacharaquero en distintos festivales del Caribe. Era muy diestro al manipular la guacharaca, jugaba con ella, la lanzaba al aire y la cogía al instante para seguir acompañado con el ritmo inicial. Por su entrega a la música, Juancho nunca sufrió de soledades en las noches sin luna de su vida campesina. Sin embargo, es consciente de que no todos poseen esas virtudes y por eso le dolió tanto ver a su hija, hace un par de años, en esas condiciones de aislamiento.

—Hace poco le hice una canción a mi hija. Yo venía hace como dos años pa’ Bogotá, ella estaba cuidando una finca con el marí’o. Ombe y cuando yo me venía y me despedí en el portón, yo dije: “Carajo, mi hija se queda solita, no hay luz, no hay televisión, no hay na’”. Fue entonces cuando hice la canción esta:



© Adrián Freja

✦ Recordando sus años de guacharaquero con Andrés Landero, Bogotá, 2012.

*La vida del campesino es una vida bonita
más en la tardecita cuando llega la oración
cuando ya no escucho a las palomitas
eso me entristece el corazón.*

*Solo me consuela mi pobre mujercita
que primero prende una vela y después prende un mechón
cuando ya no escucho a las tierrelitas
eso me da tristeza y me da dolor.*

*A las ocho de la noche debo estar durmiendo
con mi buena mujercita de muy buena fe
a las cinco 'e la mañana viene amaneciendo
tengo que pica'le leña pa' hacer un café
a mi pobre mujercita que me está cumpliendo
ella vive conmigo de muy buena fe.*

*Todo aquel que tenga su buena mujercita
debe de consentirla pero a lo bien
porque luego llega otro viene y te la quita
y la suerte a uno se le va también.*

Juancho proyectó su vida campesina en la situación que vivía su hija hacía solo unos pocos años. Después de recorrer buena parte del mundo sabe que la situación del campesino en los Montes de María carece de una gran dosis de bienestar. Él ha vivido en carne propia la ingratitud de la sociedad con el trabajador de la tierra en Colombia, sabe muy bien que, cada día, la industrialización y los acuerdos comerciales con otros países desmejoran la situación del sector agrario. Además, conoce los desmanes de la guerra en el campo de su región. Juan Chuchita anhela que la vida del campesino sea tranquila, como en los tiempos en que gozó las bondades de la tierra montemariana. ✦

✦ La cumbia de Arnulfa Helena

A pesar de haber tropezado con tantas y tan variadas mujeres a lo largo de muchos años de carrera artística, Juancho no deja de adorar a la madre de sus diez hijos. Arnulfa Helena se ha convertido en un ejemplo de dedicación al hogar. Con paciencia ha esperado días, semanas y meses en los que su marido ha estado de gira en Colombia y en el mundo. Ella sabe que, tarde o temprano, él vuelve a su casa en San Jacinto: no hay la más mínima posibilidad de que se quede a vivir permanentemente en otro lugar de este mundo.

Después de tantos años en la música y de haberle compuesto canciones a las muchas mujeres que conoció y enamoró con su encanto lírico, Juancho decidió componerle una canción a la mujer que, por más de medio siglo, ha estado pendiente de sus hijos y su hogar. Un merecido homenaje a su compañera fiel.

A la única mujer que no conoció en un baile, una parranda o un concierto fue a Arnulfa. Se conocieron en un velorio. Cuando la vio sentada con sus dos hermanas en un viejo sofá de la sala de la casa del muerto no pudo dejar de sentirse inquieto. Desde ese día puso sus ojos de gavilán jabado en aquella paloma. El día que murió el padre de Juan Chuchita se decidió a conformar su hogar con Arnulfa. La muerte los unió y con seguridad estarán juntos hasta que la misma parca se encargue de separarlos.

*Yo voy a hacer una cumbia
pa' baila con mi mujé'(bis)
tiene diez hijos conmigo
que nunca la olvidaré.*

*La voy a sacar de dudas
por dondequiera que ande
esta cumbia es para Arnulfa
que la hizo Juancho Fernández.*

*La cumbia es de Arnulfa Helena
la tocarán mis amigos
tengo que bailar con ella
ella bailará conmigo.*

*Cuatro paquetes de vela
pa' un diciembre amanecemos
viejo: préndeme las velas
que quiero bailar contigo.*

Arnulfa ha sido una mujer muy paciente, por eso nunca le reclamó a su marido que no le hubiese hecho una canción antes. Ella no se mete en sus asuntos musicales: “allá él”. Como la deuda de hacerle la canción a Arnulfa tenía más de cincuenta años, Juancho pidió que en la más reciente grabación que hizo con Los Gaiteros de San Jacinto se incluyera “La cumbia de Arnulfa Helena”. En el álbum titulado *Así tocan los indios* quedó registrada esta cumbia. Juancho quería darle la sorpresa a su compañera de tantos años, por eso deseaba que ella escuchara la canción del propio CD, el cual, a pocos días de haber sido lanzado, ya había ganado un premio nacional. ✨

✨ Celestina

El porro de gaita “Celestina” es un tema obligado para cualquier grupo de gaita. Suena cada año en los distintos festivales. Desde que fue grabado por Los Gaiteros de San Jacinto se ha convertido en un clásico de la música tradicional del Caribe.

Celestina es una gran amiga de Los Gaiteros de San Jacinto. Hace más de veinte años, cuando Los Gaiteros visitaban constantemente la capital, la manager de aquel entonces tenía una amiga que vivía en el municipio de Cajicá, ubicado a una hora de Bogotá. Allí Celestina tenía una pequeña tienda donde se reunían constantemente Los Gaiteros para tomarse los tragos que les ayudaban a mitigar el frío de la sabana bogotana.



Juancho le tomó mucho cariño a Celestina y viceversa. Admiraba en Celestina cuán trabajadora era, la veía día y noche dedicada a su trabajo. Cada vez que estaba en la tienda de Celestina la invitaba a bailar, pero ella siempre se negaba, no podía bailar con los clientes. Con tanta insistencia de Juancho y ante la constante negativa de Celestina, Chuchita le hizo una canción.

—Un día estábamos en Bogotá tomándonos unas cervezas en el apartamento donde nos quedábamos. Comenzamos a ensayar con el difunto Gabriel Torregrosa. Entonces yo llego y le digo: “Oye no sabes que yo tengo una canción por ahí”. Cano, como le decíamos a Gabriel, me miró de reojo y me dijo: “Dale pa’ ve”. Entonces se la canté. Ya yo la tenía en la mente desde hace varios días:

*De todo el que a mí me estima
ay, yo tengo que recordar
recuerdo de Celestina
la que vive en Cajicá.*

*Como la estimo y la quiero
ay, yo no la puedo olvidar
cuando llegan Los Gaiteros
sale a la plaza a baila’.*

*El expendio es un negocio
pa atendé todo el que llega
y si llegamos nosotros
te juro que no se niega.*

Coro:

*Oye Celestina vamos a gozá’
deja un rato la cocina que tenemos que bailá’ (bis).*

No pasó mucho tiempo para que Los Gaiteros grabaran la canción. Después de eso, Celestina nunca se volvió a negar a bailar con Juancho y con el resto del grupo. Para fortuna de ella, la canción se convirtió rápidamente en un éxito y todos los fanáticos de la música de gaita querían conocer la tienda de Celestina en Cajicá, así que su negocio se hizo famoso.

—Después que ya le habíamos graba’o eso, llegamos allá... ya Celestina era otra, ya el negocio había prospera’o, ya tenía un sitio grande, ya no nos tocaba senta’nos en cajas de cerveza sino que habían una cantidad de sillas.

Celestina vive muy agradecida con Los Gaiteros de San Jacinto, en especial con Juan Chuchita que fue quien le compuso el tema. La publicidad para

su negocio no pudo ser mejor y todavía hoy, muchos años después de haber sido grabada la canción, llegan los conocedores de la gaita preguntando por la tienda de Celestina. ✨

Dolores Cumba

Dolores Cumba no fue otro de los amores de Juan Chuchita, claro que no; o por lo menos eso dice él. Ella fue todo un personaje en San Jacinto y sus alrededores. Una mujer parrandera, con un gusto infinito por el ron y el tabaco. Su mayor defecto no era el deleite por la parranda, una gran virtud para Chuchita, sino su constante falta de cordura.

—Dolores Cumba era una loca, vivía en Charquita, de aquel la’o del Carmen de Bolívar, por allá encima de las aguacateras.

Juancho, al igual que la mayoría de los pobladores de la región, la conocieron bien. Andaba por las calles pidiendo ron en las parrandas, ropa y zapatos en las casas, y calillas de tabaco a las matronas del pueblo.

—Dolores Cumba era una loca ripiá’ que andaba por ahí, si tú le dabas un par de zapatos así le quedaran grandes se los ponía. Le gustaba mucho fumá’ tabaco.

Revoloteaba por todo el pueblo. No le hacía daño a nadie, en realidad era una mujer que lo único que necesitaba para ser feliz era tomar trago y fumar.

—Ella se presentaba, veía la parranda y se metía para que le dieran ron y tabaco.

La gente le decía Dolores Cumba, aunque su nombre era Dolores Arrieta, porque siempre caminaba con las piernas enconrvadas, seguramente tenía algún problema físico que la obligaba a andar de esa manera. Pero como en el habla del Caribe es común omitir algunas palabras, en ocasiones por la velocidad con la que se expresan, el apodo Curva degeneró en Cumba.

Al recordar a Dolores Cumba, Chuchita señala, que tenía el defecto de entrar sin permiso a las casas del pueblo, cuando veía la oportunidad, y tomar prestada la comida. Le gustaba mucho la carne, así que cuando la gente menos lo pensaba, ya Dolores Cumba se había metido en la cocina de alguna vecina para llevarse la carne cruda o cocinada. En aquella época habían llegado pocas neveras a San Jacinto, de manera que, para conservar la carne, era necesario salarla y orearla en los patios. Dolores aprovechaba que las cercas de los patios no eran muy altas ni seguras para tomar la carne prestada.

—Ella siempre era peligrosa porque se metía en los ranchos ajenos a cogerse la carne que tuvieran. Llegó una vez donde Pedro Ramírez y se llevó siete libras de carne que había compra'o pa' los trabajadores, se llevó la sal, la carne y el café.

Sin embargo, como todo problema tiene solución en esta vida, la gente descubrió el talón de Aquiles de Dolores: le tenía un inmenso miedo a los perros. Por eso, cada vez que alguien veía que se acercaba, no dudaba en soltárselos.

—Ajá, la gente sabía el miedo que le tenía a los perros, entonces los pe-laos tenían la vaina que cuando la veían gritaban: “Ñierda allá viene Dolores, azúcenle los perros”. Y ella cuando veía a los perros salía corriendo.

Muchas fueron las veces en las que Dolores Cumba salió despavorida al ver venir los perros que alguien le había soltado para alejarla de la carne. Muchos los bailes a los que asistió para mostrar sus dotes histriónicas en el baile de la cumbia y para recibir unos tragos del ron que tanto le gustaba. Además, muchos fueron los pares de zapatos que la gente le dio para verla caminar de forma tan particular. Por todas esas anécdotas y con la facilidad que tiene para componer canciones de las situaciones vividas, Juan Chuchita no dudó en cantarle a la mujer que gustaba de la carne, pero que huía cada vez que veía un perro.

*La Dolores Cumba
no sube la loma
porque las polleras
le quedan zanconas.*

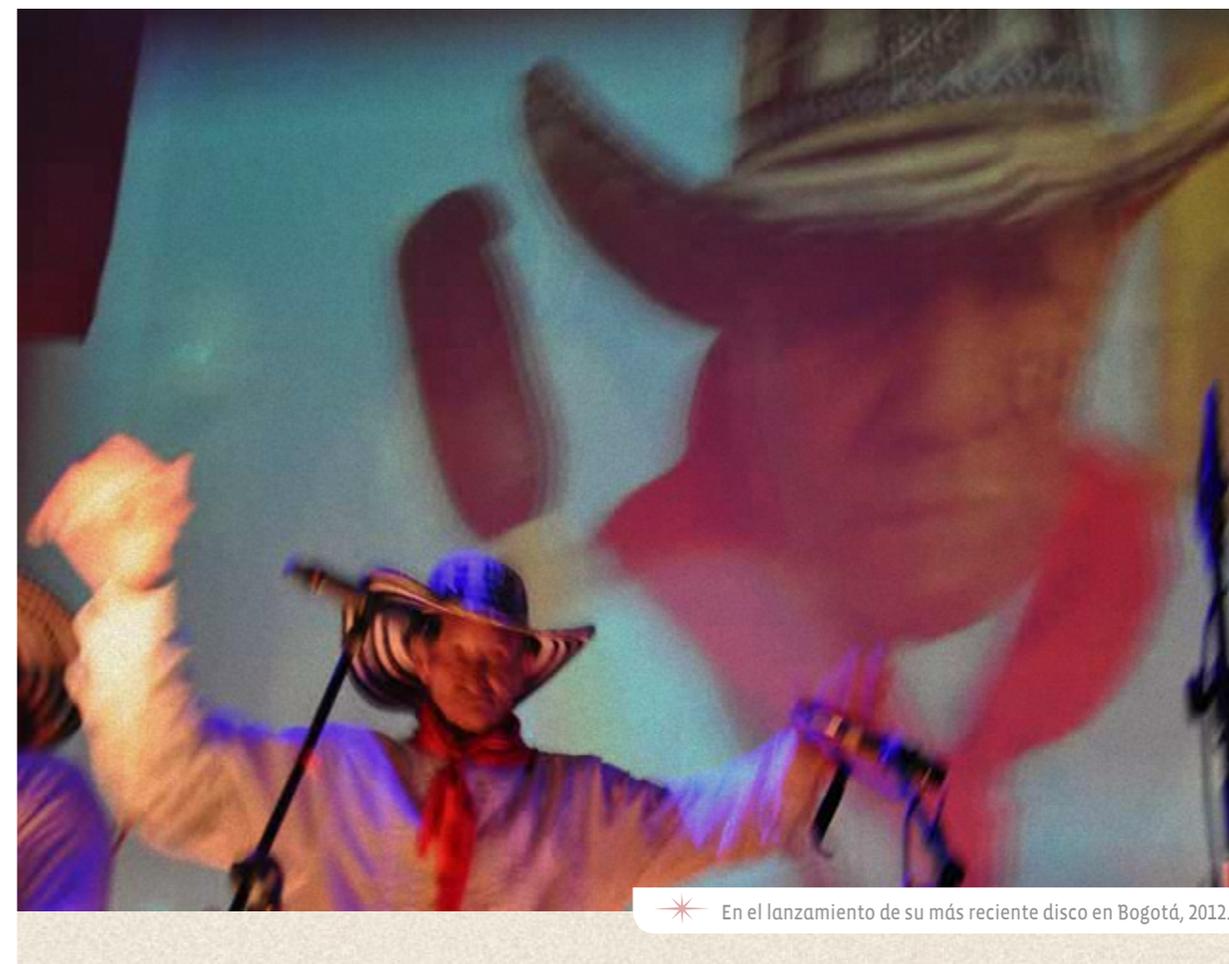
*Ay Dolores Cumba
no sube los cerros
porque los muchachos
le azuzan los perros.*

*Ay Dolores Cumba
tiene dos calzones
uno que se quita
y otro que se pone.*

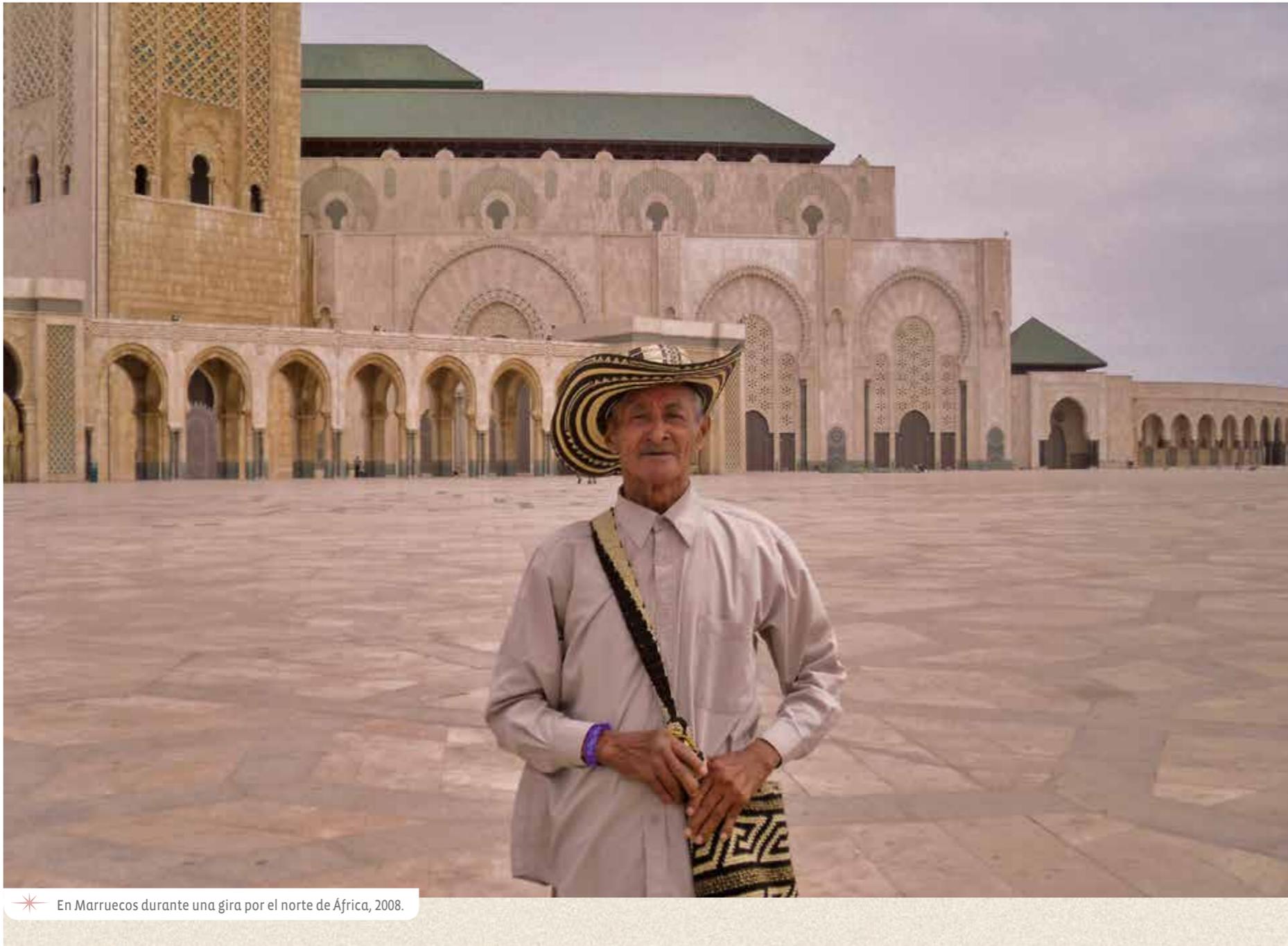
*Ay Dolores Cumba
no va a los salones
porque los zapatos
le quedan zancones.*

*Ay Dolores Cumba
es una maravilla
ella baila la rumba
si le dan calilla.*

Esta canción es una muestra más de la maestría y la gracia que tiene Juan Chuchita para la composición. De cualquier evento elabora una melodía y una letra para recrearlo. Como su memoria es tan prodigiosa, nunca le ha hecho falta el papel: todo lo tiene escrito en su cabeza. Cuando tiene la oportunidad de grabar, sabe cuál de las cientos de canciones que tiene en la mente es la más adecuada para ser plasmada en los registros fonográficos. Esta evocación musical de Dolores Cumba fue grabada en 2012 en el álbum *Así tocan los indios* de Los Gaiteros de San Jacinto. ✨



✨ En el lanzamiento de su más reciente disco en Bogotá, 2012.



© Jairo Herrera

✦ En Marruecos durante una gira por el norte de África, 2008.

✦ Regresó María

Dicen que el tiempo es el mejor remedio para curar las heridas del alma. Sin embargo, para Juan Chuchita no hay mejor remedio que una buena composición. Dejó de sufrir la partida de María Inés después de haberle compuesto “La pensión Ocaña” y luego de que fuera un gran éxito vallenato. Claro está que el constante trajinar en la música y los amores que encontró en los diversos sitios a donde la música lo llevó, le ayudaron también a superar las penas por la mujer que lo dejó solo y sin dirección.

Desde la primera vez que la vio en Fundación supo que María Inés tenía algo distinto a todas las mujeres que había conocido en la parranda. Por ese motivo, fue la aventura amorosa más larga y complicada que ha tenido hasta el momento. Confiesa que el día que unos amigos le dijeron que habían visto de nuevo a María Inés, más de un año después de haberse ido de la pensión Ocaña, algo en su interior se estremeció y la respiración se le aceleró hasta el punto de tener que toser para no ahogarse.

Las noches siguientes a la noticia del regreso de María las pasó en vela. La curiosidad le carcomía la cabeza. Se preguntaba si era conveniente que fuera donde ella para enfrentarla y preguntarle, de una vez por todas, por qué lo había dejado sin decir adiós. O sería mejor ir donde ella a decirle que nunca le había hecho falta, que no había pensado en ella ni una sola noche, que había sido lo mejor para él. Sabía que esas palabras no saldrían de su boca porque nunca fue bueno para mentir. Siempre que lo hace mira hacia otro lado y la voz pierde firmeza, de manera que María Inés nunca le hubiera creído.

Lo mejor para él era no verla de nuevo, pensar que nunca había regresado, que se había perdido en el desierto de La Guajira, o en los platanales de la zona bananera. Conocía muy bien la mirada de María Inés y lo provocador de su sonrisa; era difícil volver a verla y no pretender convencerla de que se quedara, que no fuera a ninguna otra parte donde él no estuviera. Así que se persuadió de no verla nunca más. No podía caer de nuevo en sus redes de amor aventurero. Ya la experiencia le había enseñado que no era fácil luchar contra el amor de las marías, menos si se trataba de María Inés de Ávila.

La sabiduría campesina de Chuchita le aconsejó, de nuevo, que lo mejor era castigar la huída y el regreso de María Inés con una canción. Así que en las noches de insomnio, producidas por la noticia del retorno de la chibolera, compuso el tema con el que concluiría el asunto.

*Yo soy Juancho Fernández ya no sufro de guayabo
vivo tranquilizado de todo lo que sentía
he salido a pasear y dos amigos me han contado
que en la pensión Ocaña me está esperando María.*

*Si llego al Valle yo no voy a esa pensión
ya ella viene malpensada de la región de Maicao
Si la vez pasada me dejó sin dirección
ahora estará pensando es echarme canda'o.*

*Mejor renuncio no seguirle su opinión
Si no sé María de nuevo lo que ella piensa
ha puesto tanto tiempo a sufrí mi corazón
ahora no me engañas porque ya tengo experiencia. ✨*

Mi recorrida

Juancho recuerda con nostalgia todo el trabajo que pasó en su travesía por el valle del cacique Upar, al lado de la María que lo dejó solo en la pensión Ocaña. No fue nada fácil conseguir quién le diera empleo. Sufrió mucho en ese recorrido. Hasta las intermediaciones del municipio de Becerril fue a parar con su adorada María Inés. Sobre esos episodios difíciles de su vida compuso los más sentidos versos para relatarla al mejor estilo de una autobiografía musical.

*Yo salí una recorría a Valledupar
traté de pasar de largo a La Guajira
donde estaba trabajando me fue muy mal
y tuve que regresar a mi tierra querida.*

*Cuando llegué a Becerril partí a la derecha
Allí me fui caminando hasta el río Maraca
Allá fue donde pensé nivelá' mi flecha
y en ninguna de las fincas ganaba plata.*

Coro:

*No salgo más a caminar
por ciertas partes desconocidas
por ahí no se puede trabajar
yo sufrí mucho en mi recorrida.*

*Agradezco al doctor Darío gracias a Dios
que me brindó una comida al llegar a su casa
cuando yo llegué a su finca trabajo me dio
me miraba la otra gente con desconfianza.*



✨ Paseo por el río en los Montes de María.

Coro:

*No salgo más a caminar
por ciertas partes desconocidas
por ahí no se puede trabajar
yo sufrí mucho en mi recorrida.*

Agradece al señor Darío Lacouture por el recibimiento que le dio. Tal como lo señala la letra de la canción, al principio los demás empleados los miraban con desconfianza, pero, después de unas semanas, nadie los quería dejar ir. Tan grande era el aprecio que le tenían a esta pareja de trotamundos, que el mismo dueño de la finca les retuvo las cédulas para que se quedaran trabajando allí. Juancho ha aprendido de todas las cosas que le han sucedido. Las dificultades que ha enfrentado han sido de gran enseñanza y casi todas han estado relacionadas con su vida musical, pues le han servido para componer grandes éxitos de la música de gaita y la música vallenata. Reflexiona al respecto y dice:

—Uno para hacer las cosas tiene a veces que pasar trópico, a veces por lo que le sucede hace uno las cosas. Porque hay gente que dice que cantar es cantar, eso no es así, no es cantar sino saber cantar. Componer y saber componer.



© Gabriel Torregrosa

✧ En Casablanca, Marruecos, 2008.

Chuchita cree que no se puede componer sobre lo que no se ha vivido. La inspiración debe partir de un deseo propio, de una intención por exteriorizar y transmitir las sensaciones y las percepciones de un pasado que se recrea cada vez que la música trae al presente lo que se ha vivido. Las canciones que le gustan, en general, son aquellas que relatan historias con un sentido vital para el que las compone. Escucha poca música comercial y popular moderna porque no encuentra peso en lo que esas canciones expresan.

Se siente muy orgulloso de haber contado tantas historias en canciones que la gente ha acogido con gran entusiasmo. Chuchita sabe de sus virtudes para la composición, para el canto y para la música en general. También ha sido un gran intérprete de la guacharaca y la tambora, para los cuales aún hoy puede demostrar sus dotes.

—Eso es lo que muchos no se dan cuenta y dicen: bueno y este hombre ni escribe, ni lee, ni sabe, ni na', y ese hombre cómo hace... esa es la inteligencia, esa no se raya ni si le dan golpe. ✧

Campo alegre

Además de haber trabajado con dedicación la tierra montemariana, ha sido arreador y vaquero de las sabanas de Bolívar, Sucre y Córdoba. Conoce bien el ganado y sabe cómo cantar para llevarlo al destino indicado. Con sus melodiosas tonadas ha guiado cientos de reses en su vida. Todavía no lo ha olvidado y hace unos meses le cantó a un ganado en las inmediaciones de la población de Honda, Tolima. En esa ocasión Chuchita recordó el gusto de las reses por su voz. Aunque los animales se encontraban a más de medio kilómetro, no dudaron en buscar el sonido de quien les cantaba versos tradicionales con la entonación propia del campo.

La canción que Juancho entonó en tierra tolimese fue aquella que, hace ya varias décadas, compuso el cienaguero Esteban Montaña. Una canción que primero grabaron Los Gaiteros de San Jacinto en la voz de Toño Fernández, pero tiempo después Chuchita le daría un nuevo aire con una interpretación más pausada, más libre y profunda. Después de que Chuchita grabó esta canción, no hubo grupo de gaita que no la interpretara en festivales y concursos de este tipo de música. Muchos creen que la compuso Juancho porque él la hace suya con la interpretación, la canta con el gusto de quien vivió en un campo alegre.

—Es como ese son de “Campo alegre”, yo le pongo un deje, la canto con tranquilidad, así queda bonito, todo el mundo le para bolas, a todo el mundo le gusta.

*Yo vivo en un campo alegre
en medio de una sabana
y cuando el ganado brama
canto es para entretenerme.*

*Coro:
Yo me voy
yo me voy
yo me voy
Pa’ campo alegre.*

*Ay sí me voy pa campo alegre
pero mi amor que no se quede (bis).*

*En el campo a donde vivo
junto con mi compañera
Ella es la que me consuela
cuando me siento afligido.*

(Coro)

*A las cinco de la mañana
salgo a regar mi cultivo
después la paso tranquilo
recorriendo la sabana.*

(Coro)

Juancho anhela tener en su propio campo alegre su cultivo para trabajar. Conoce la tranquilidad del campo y las bondades de la tierra de su región. Además, por su experiencia como vaquero, sabe bien que la emoción es grande cuando se le canta al ganado y este responde con sus bramidos, como haciendo un coro o un eco para que la melodía y la fuerza del canto se prolonguen por los montes y los llanos.

—A mí gusta “Campo alegre” porque es verdad lo que dice la letra. Yo fui vaquero por mucho tiempo y yo sé que, por muy lejos que el gana’o esté, cuando uno le canta él viene enseguida y empieza a bramar. ✨



Sabor a gaita

La amistad entre los grandes juglares de San Jacinto ha sido un logro mayor para la música tradicional colombiana. Gracias a los estrechos lazos establecidos entre Andrés Landero, Adolfo Pacheco, Toño Fernández y Juan Chuchita hoy conocemos la riqueza de una música y unas tradiciones culturales sanjacinteras que enaltecen el patrimonio inmaterial del país.

Las canciones que compuso Adolfo Pacheco las grabó Andrés Landero; las de Juan Chuchita, Adolfo Pacheco; las composiciones de Landero fueron grabadas por Toño Fernández y así sucesivamente y en todos los sentidos posibles. La música sanjacintera era, y sigue siendo, un bien de todos ellos; no importaba quién grabara primero ni en qué formato musical, lo importante era darle a conocer a Colombia y al mundo los valores, las tradiciones, las costumbres y, en general, toda la riqueza de un pueblo de grandes y memorables artistas.

La cumbia titulada “Sabor a gaita” del gran compositor Adolfo Pacheco Anillo (el mismo de la “Hamaca grande”, “El mochuelo”, “El viejo Miguel” y otros maravillosos temas de la música vallenata que se han dado a conocer en el mundo entero en la voz de grandes músicos como los Hermanos Zuleta, Otto Serge, Carlos Vives, etc.) es la mejor muestra de la unión y la solidaridad musical de los artistas sanjacinteros.

*Se oyen los gritos de fiesta
cuando bailaba Soledad
con ese son de tambores
que hizo furor en la ciudad (bis).*

Chuchita, al escuchar la primera estrofa de la canción, reflexiona y afirma:

—Soledad tuvo que ser una bailarina famosa... eso viene siendo como la María Barilla. A María Barilla ninguno ‘e nosotros la conocimos, es una leyenda vieja, porque ella era bailarina en todos los pueblos. También está Magdalena Ruiz. Magdalena era de San Cristóbal, corregimiento de San Jacinto. Ella no se perdía una rueda de gaita, le gustaba quemar esperma en la cumbiamba más que la comida. A ella Landero le hizo ese disco que dice:

*Me cuentan viejos y gaiteros
que nunca más vuelva a salí
mujer que alegre más el suelo
que la negra Magdalena Ruiz
recuerdan su blanca sonrisa
su cuerpo de soltura tal*

*que combinaba la caricia
con su compás lento y sensual.*

—También hay un porro de gaita que grabó mi tío Toño sobre Magdalena Ruiz, ese dice:

*Oye Magdalena Ruiz
por qué no bailas la cumbia
si la ves me la saludas
pa' que se acuerde de mí.*

—Así mismo sucede con Soledad, son gente que se hace famosa y no falta quien se acuerde de ellas para hacerle una canción.

De la misma manera en que se recuerda a la famosa bailarina en la canción de Adolfo Pacheco, también se rememora el retorno de un pueblo a la música de gaita.

*Pero mi tierra envidiosa
de notas tristes volvió a la gaita
y los corpiños de rosa
saltaron todos sobre la falda.*

Juan Chuchita afirma que Adolfo Pacheco es uno de los mejores compositores que ha parido el territorio nacional. Le enorgullece que en esa cumbia se resalte la música de gaita como patrimonio de su tierra natal, al cual el pueblo retorna porque necesita aquellas notas tristes, espirituales, sagradas, de los antiguos habitantes de la región.

*Ella no es negra, es morena
como son todas las de mi tierra
y en su cintura refleja
los remolinos sobre la arena.*

Asimismo, las imágenes plasmadas en “Sabor a gaita” le traen a Juan Chuchita un grato recuerdo de las bailarinas de la cumbia en San Jacinto. La famosa Soledad representa un vivo reflejo de cómo son las mujeres de la tierra de la Hamaca Grande. No son negras, son morenas. La mujer sanjacintera heredó la sabrosura del baile y el sabor de los pueblos afrodescendientes, la sabiduría indígena y las palabras españolas para nombrar las cosas de su universo montemariano.



✦ Toño García interpretando su gaita hembra con Los Gaiteros de San Jacinto, 2012.

*Cántale Antonio Fernández
al compás del llamador
para que sepan que gaita
es cardón, son y tambó'.*

*Y suénale esas maracas
que hagan cosquilla sobre su talle
y se destaque la esperma
sobre la rueda que deja el baile.*



© Adelaida Pardo, Llorona Records

✦ Toño García y Juan Chuchita, los más experimentados de Los Gaiteros de San Jacinto, 2012.

El orgullo sanjacintero por la música de gaita y por los grandes exponentes de este tipo de música tradicional se manifiesta en los versos de esta canción que rememora al gran gaitero Toño Fernández, quien no solo cantaba sino que tocaba también la gaita macho y la maraca. Juancho considera que se trata de un merecido homenaje al hombre que incorporó el canto a la tradición musical del pueblo de San Jacinto.

*Sanjacintero recuerda
los bailes nobles de tus abuelos
los que bailaron la gaita
y dejaron huella sobre tu suelo.*

Juan Chuchita tiene muy presente cómo se hacían las ruedas de gaita en la plaza de su pueblo. Alumbrados con el resplandor de las velas (que durante horas y horas derramaban la cera mezclada con la alegría de cada uno de los pasos de la cumbia, la puya y el porro en las calles de San Jacinto), los bailarines y las bailarinas iban marcando el cadencioso paso del furor del golpe del tambor y la melodía de las gaitas.

—En aquel entonces bailaban en los ruedos de la cumbiamba era con vela: ponían un mechón en la misma mitad y ahí estaban los gaiteros y alrededor de la rueda era que bailaba la cumbiamba. El tipo escogía su pareja y ella también escogía al parejo: a fulano de tal le gusta gastar esperma, yo voy a bailá' con fulano o zutano porque él sí gasta vela. Entonces lo que hacían era que amarraban los mazos de vela con pañuelo de modo que ella bailando adelante y el otro bailando atrás con la claridad de la esperma.

Yo le refiero a la gente y no me creen, pero era tanta la vela que se gastaba en el baile que los animales que pasaban por la plaza resbalaban en la rutia⁹ de la esperma. En esa época los dueños de las cantinas con tal de vender ron regalaban cajetadas de esperma. Yo recuerdo que a mi mamá le gustaba mucho bailar en la cumbiamba, ella era una mujercita delgadita, flaca, pero bailaba como un trompo. Yo creo que el gusto por la cumbia se lo debo a ella.

Juan Chuchita siente una gran admiración por esta cumbia. Desde la época en que la tocó al lado de Andrés Landero ha sido una de sus canciones favoritas. Así que cuando estaba con Los Gaiteros de San Jacinto, luego de haber muerto su tío Toño Fernández, a Chuchita le surgió la idea de pasar esa cumbia del acordeón a la gaita y grabarla con ellos. Cuenta Juancho que una tarde, cuando ensayaba con el difunto Gabriel Torregrosa y Manuel Antonio García (el más antiguo gaitero de la agrupación):

—Estando nosotros viviendo en La Perseverancia, estábamos tomándonos una caja de cerveza con Cano¹⁰ y Toño García. Y yo les dije: carajo, pero nosotros somos muy flojos, por qué no ensayamos alguna vaina... A mí me gusta esa cumbia que tiene Adolfo Pacheco por ahí que le llaman “Sabor a Gaita”, y pusimos a Toño a que la sonara en la gaita. Llegó Torregrosa y agarró el tambor y así la encajamos. De acordeón la pasamos a la gaita. Apenas la publicamos entonces todos los gaiteros se la aprendieron. Es que es una canción bonita.

Para Juancho esta es, sin duda, una de las más bellas composiciones de Adolfo Pacheco. Valora enormemente el trabajo musical de su colega sanjacintero. Considera que todavía Colombia no ha estimado a Adolfo Pacheco como se merece. Su empeño en grabarla en el formato de gaita con los legendarios Gaiteros de San Jacinto y extenderla a nuevos horizontes es muestra de la admiración no solo por el talento de Pacheco, sino por la cultura y las tradiciones de su querido pueblo. ✦

9. Para Juancho la rutia son los restos derramados de la velas que se secan en el piso.

10. El difunto Gabriel Torregrosa era conocido como Cano, uno de los mejores tamboreros que han pasado por Los Gaiteros de San Jacinto. Su manera de interpretar el tambor alegre lo inmortalizó en el mundo de la gaita. Murió el 6 de septiembre de 1995. Después de su muerte, Juan Chuchita dejó de cantar durante dos años, pues Cano había sido su gran amigo y compañero de aventuras musicales y la pena lo embargaba de tal manera que prefirió retirarse de los escenarios durante un tiempo.



✦ Con Totó La Momposina.

Palabras finales

V

er a Juan Chuchita caminar por las calles de San Jacinto es ver a un sanjacintero más que no espera a que lo saluden para regalarle una sonrisa a cada uno de sus vecinos. Todos lo conocen y él conoce a su gente. Al caminar por San Jacinto me va diciendo que a él le gusta mucho andar por estas calles polvorientas, “aquí la gente lo saluda a uno, todos son familia”.

Pero no solo lo quieren en San Jacinto. Le enorgullece mucho saber que cuenta con apoyos incondicionales en otras ciudades, que tiene amigos en cada ciudad a la que llega, que siempre lo hacen sentir como en casa. Aparte de sus diez hijos de sangre, Juancho tiene un buen número de hijos putativos que lo quieren y lo respetan como a un padre. Por eso no le preocupa salir de su natal San Jacinto, pues sabe que adondequiera que va, encuentra una gran familia adoptiva.

No solo en Colombia, en la mayoría de países a los que ha llegado de visita para mostrar el talento sanjacintero, ha encontrado personas extraordinarias que lo tratan con el mismo cariño y calor humano de su tierra. La admiración de propios y extraños cuando lo escuchan cantar es evidente. Tan pronto toma un micrófono en el escenario, su voz y su carisma atrapan a los espectadores y los lleva a lo profundo del alma de la región de los Montes de María y a las vivencias de los campesinos de esta zona de Colombia.

Cuando Chuchita comienza a entonar sus canciones, revive y cuenta los relatos escritos en el libro de su existencia. Por eso, en todas sus composiciones aparece la primera persona como elemento fundamental de la estética tradicional de su canto. Para él, la música y, por supuesto, su canto tienen una función determinante: transmitir y contar una historia, una vivencia, un hecho relevante de su existencia. Estos pueden ser ejemplarizantes y constituirse en una especie de consejo para el que los escucha. En las canciones ha expresado su vida pero, sobre todo, ha puesto lo que esta le ha enseñado con paciencia y tropiezos.

Esto que hace Chuchita en su canto viene de una tradición muy antigua: el mismo Homero, hace más de dos mil años, contaba historias para transmitir un conocimiento propio e importante para su cultura, al igual que Hesíodo y muchos otros poetas que hoy consideramos como los pioneros de la literatura de Occidente.

Los versos en las canciones de Juan Chuchita van más allá de un simple uso como divertimento o entretenimiento, son formas que vinculan el trabajo del campesino con la música y el saber tradicional; una manera de expresión

que rememora la literatura más clásica que cantaban los rapsodas y aedos en la Grecia antigua y los juglares en la Europa medieval.

En Colombia, todavía podemos encontrar muchos ejemplos de juglares contemporáneos. Aunque cada vez son menos, pues los fenómenos sociales de la modernidad de nuestro país han desplazado y acallado muchas voces tradicionales. Pero allí están para ser valorados y rescatados del olvido. Son muy reducidos los casos en los que se ha reconocido la labor de estos cultores campesinos. En su mayoría se han hecho más con agrupaciones y/o personas letradas y de la tradición foránea.

Por fortuna, en los últimos años Juan Chuchita ha recibido importantes reconocimientos por sus logros musicales y su trabajo se ha divulgado en distintos medios. Su labor ha sido valorada por una parte de la sociedad colombiana que ha entendido la trascendencia de una vida de trabajo artístico. Cada vez son más las personas que se acercan a estas músicas tradicionales y que reconocen en Chuchita a un gran exponente de los tesoros culturales y tradicionales del país. ✨



✨ Recorriendo las calles de su pueblo natal.



© Adrián Freja

Entrevista a Juan Chuchita

por Juan Carlos Díaz Martínez

✦ Bajo el inclemente sol de su San Jacinto querido.

15 de diciembre de 2012, San Jacinto, Bolívar.

JCD: Juancho, ¿cómo te enteraste tú cuando ganaste el premio Grammy con Los Gaiteros de San Jacinto?

Yo me enteré del Grammy por dicho de la gente. Nosotros fuimos a Las Vegas, Antonio García y yo, pero no sabíamos sino que fuimos a reclamar el Grammy allá, y yo cuando vi la cosa, la exageración de la gente: “¡Juancho se ganó el Grammy!”.

Yo llegué a Bogotá, estábamos almorzando cuando llaman de Barranquilla: “Que se vengán, estamos celebrando el Grammy”. Toño García dejó de almorzar. Nos llamó una señora Carmen Alicia, hija de Manuel Ramón Ortega: “Aquí los estamos esperando en Barranquilla”. Yo no me moví, me quedé quieto. Toño sí se vino pa’ Barranquilla. Y saliendo pa’ San Jacinto le dieron 30 mil pa’l pasaje. Apenas llegó, hicieron como el chiste de Goyo que lo pusieron a tocá y que a los 4 o 5 días fue que le dieron almuerzo. “Goyo llévate un bollo que no vas pa’ tu casa”. Yo le dije a Toño así. Bueno, vinieron a San Jacinto y la gente decía: “Bueno, el que hace falta es Juancho”. Bueno, lo que empezaban era a averiguar que si nos habían da’o una plata con el Grammy, como mínimo 20 millones de pesos a cada quien. Pero, ¡qué va!. Yo no he visto nada, solo nos dieron los pasajes en avión. Acá en San Jacinto no nos hicieron nada, no han hecho nada.

JCD: ¿Cómo fue el recibimiento del Grammy en Las Vegas?

Fuimos con una muchacha que trabajaba con Freddy Arrieta. Los que se ocuparon de nosotros fueron unos muchachos de Bogotá a llamarse Calle 13, ellos nos dieron el pasaje, hotel, de todo. No nos dieron plata, pero tuvimos fama.

JCD: ¿Cómo les fue en Las Vegas, cómo viste la ciudad?

Muy bonita, lo que teníamos que tené’ cuida’o era con los sombreros, la gente se enamoraba de los sombreros, nos lo querían quitá’.

JCD: ¿Cómo fue el encuentro con Calle 13?

Aquí vinieron ellos y esa vez tocaron aquí, fuimos a Palenque, fuimos a varias partes a hacer unas tomas, desde Bogotá vinieron to’ esa gente.

JCD: ¿Calle 13 se enamoró de la música de gaita?

Ajá, pero bien enamora’os. Ellos fueron los que nos hicieron ir a Las Vegas. Con la grabación del disco ese “Un fuego de sangre pura” fue que se ganaron Los Gaiteros el Grammy ese. Nosotros nos quedamos quietos entonces al principio. Después fue que vi que me dieron el trofeo, a todos los que grabamos nos dieron. Por ahí tengo guarda’o el trofeo del Grammy.



Afuera de su casa mostrando el trofeo del Grammy Latino al lado de uno de sus diez hijos, 2012.

JCD: ¿Qué significó ese premio para ti?

Para mí es una riqueza, no te voy a deci’ lo contrario, porque me dio fama. Aunque yo tengo una fama desde antes de haberme ganado el Grammy, pero con el Grammy se aumentó la fama. Plata no tengo como, dijo Enrique Díaz, pero amistades me sobran. Y además he sido bien recibido dondequiera que llevo.

JCD: ¿Y la parte económica, significó algo?

Bueno, no es mucho; pero, sin embargo, es bonito que la gallina se levante y encuentre granos que picá’. Es lo que me sucede a mí: sea poquito, sea bastante, lo que hago es levantarme cantando, alegre, contento.

JCD: Juancho, yo he visto que las mujeres se alegran contigo.

Yo hay veces que tengo que arrempujalas porque están por to’as partes y se me guindan del pescuezo, me besan, me abrazan. Y yo con mis zalamerías con ellas. Yo a veces les canto:

*No me canso de pensá’
las cosas de las mujeres
dejan de llorá’ uno vivo
pa’ llorá’ cuando uno muere.*

Y las muchachas me dicen: “Pero usté’ no se muere todavía”. Yo ando en 82, que los voy a cumplí’ en agosto. Y entonces dicen: “¿Ajá, y usté’ qué come?”. Nosotros comemos yuca acabá’ de arrancá’, comemos plátano, guineo, ñame, gallina de patio. “Con razón”, dicen ellas.



© Adrián Freja

✦ Alegre, fumando un tabaco y cantando vallenatos en la casa de una de sus hijas en San Jacinto, 2012.

JCD: ¿Cómo es el cuento de la foto que tienen tus hijos donde hay una muchacha besándote en la boca?

Oye, que mi nieta lloraba cuando la vio. Ay, yo no tengo la culpa, la culpa la tienen las mujeres. Si me besan, por algo será. Eso fue en Bogotá; ajá, la mujer me abrazó, dijo: “Usted tiene mucha tregua, ¿cuántos años tiene?”. “Yo tengo 82”. Como quien dice: si estuviera de 18 me casaría contigo.

JCD: Últimamente te ha tocado viajar mucho, ¿a dónde has ido?

Uh, estuvimos en Toronto, en un pueblo que llaman Albuquerque. Estuvimos en una ciudad que llaman Piedras Negras, y yo veía que todas las piedras eran blancas. “Y ¿por qué llaman esto Piedras Negras?”, pregunté yo. Dijeron que porque aquí producen el mejor carbón. Eso fue en México.

JCD: De esas ciudades a las que has ido, de esas tierras, ¿qué cosa te ha llamado más la atención?

Varias partes de esas, pero las partes en que he estado que me gusta más es el Brasil. La comida es exacta, la gente, lo único diferente es el idioma, la ciudad es caliente, la gente morena.

JCD: Y Europa, ¿cómo te ha parecido?

En Europa estuvimos en Bélgica, no me gustó mucho porque la gente es así apaciguada, bajita. De ahí pasamos a Bretaña, estuvimos en Brujas, de

ahí regresamos a Bruselas. Todo lo hemos registrado. Allá me llegaron a decir: “Tóquense una bien alegre”. Dijimos: “Le vamos a tocá’ un porro”. Habían unas muchachas que estaban ahí como de 16 años, cuando nos invitaron a una casa. Entonces el porro pa’ ellos es una vaina como unos cigarrillos que hacen. Será marihuana revuelta con otra vaina. Bueno, y viene la muchacha y nos dice: “Aquí tiene el porro”. Un tabaco de marihuana. El porro aquí es otra vaina, es la música, y ellos titulan porro otra vaina.

JCD: Después de haber ganado el Grammy te han pasado muchas cosas, te enfermaste. Cuéntanos un poco.

Yo me enfermé en Bogotá, pensaba la gente que me iba a morí’. Pero no me han deja’o morí, todavía estoy vivo. Cuando me agravé en Bogotá, allá se presentó mi hija Emerita. Yo la quiero mucho porque ella cogió un helicóptero desde San Jacinto, se fue hasta Bogotá en helicóptero.

JCD: ¿Y qué fue lo que te dio allá?

Me dio una vaina como que trataba de respirá’ pero no podía. Como un infarto que me quiso da’. Uh, yo tenía como catorce médicos al pie. Después me sacaron, pensaron manda’me en avión, no se pudo en avión, me fui en bus. Bueno se me pasó, esa. Ahora me sucedió aquí, fuimos a Cartagena, me dio un dolor que no podía pararme, iba respira’ y tampoco, desde que llegamos me dijeron que había que operar, era una hernia inguinal. En Cartagena me fue bien.

JCD: ¿Con todas esas enfermedades fue que por primera vez te hiciste el examen de próstata?

Eso fue general. En ochenta y pico de años me volvieron señor. Los médicos me dijeron que me volvieron señor. Nunca me había hecho eso. También me dijeron que me tenían que hace’ un trabajo, que una cosa pa’ la orina. Yo tomo trago pero no me siento mal, me siento para’o, con potencia, adondequiera no me siento nada, yo no voy a anda’me desmayando.

JCD: ¿Has tomado trago toda la vida?

Estaba como de 14 años cuando me pegué la primera borrachera.

JCD: Cuando vas a otros países, ¿qué tomas?

Allá no se puede tomá’ como acá. Allá es prohibido, una o dos cervezas pero no se puede como acá. Allá es prohibido en la calle. Cuando había una presentación me tomaba mis dos traguitos de ron o whisky.



* Disfrutando de la fresca brisa en el patio de su casa.

JCD: Y la comida, ¿cómo es la comida?

Yo soy un hombre que come de todo pero de a poquito, yo no como tanto. Yo como un pedacito de una gallina. De un pesca'o grande de veinte mil me como mi cuarto. Pero a cada rato me tomo mi avena, me como mi pansito y eso.

JCD: ¿Ahora en San Jacinto te están mamando gallo que porque “a Juan Chuchita le cortaron el palo”?

Eso es porque cortamos el palo de la puerta, una acacia que tenía muchos años allí. Entonces la gente empezó a mamar gallo. Lo cortamos pa' remodelá la casa.

JCD: Estás remodelando la casa. ¿Alguien te ha ayudado o siempre ha sido de tu bolsillo?

Los hijos míos me han ayudado. Quien me ha ayudado más ha sido el menor de mis hijos, Jorge Luis. Ese busca las cosas y siempre está pendiente con la mamá. Marelvis y Emerita también han esta'o pendientes. Yo no tengo queja de mis hijos.

JCD: ¿El municipio o el alcalde te han ayudado con la casita?

No, la verdad es que no. Bueno, el único ha sido Galo Viana. Me prometió una ayuda para mi casa y sin andá' discutiendo ni haciendo fuerza, fue cuando vimos la camioneta con los bloc, el zinc, la madera y todo pa' la construcción.

JCD: ¿En San Jacinto la gente te mira de otra manera después del Grammy?

Me consideran mucho to'a la gente, pero como yo no he sido de esos que meten el de'o en el ojo pa' que lo miren, yo ando tranquilo. Aquí debajo de esos arbolitos se pone gente a busca'me, ahí hablamos, charlamos con el fresco de la sombra de esos palitos.

JCD: ¿Cuántos años piensas seguir cantando?

Pues ahora estoy descansando. Pero si sale, yo sigo cantando. Cuando me toca cantá', canto.

JCD: ¿Cuántos años crees que vas a vivir?

Yo no sé, hasta que Dios me venga a recogé'. Por ahí a los 100, no pongo más.

JCD: ¿Todavía comes comida de monte?

Sí, por ahí tengo un morrocoyo, me lo prepara la mujé' mía. Ella fue campesina también y sabe cociná' guartinaja, zaíno, vena'o, todo eso.

**JCD: Cuéntanos cómo fue la invitación para trabajar en la obra María Barilla**

Ombe, yo estaba aquí y Alberto Posada me dijo que necesitaban una persona que supiera de cantos de campo. Yo me fui de aquí. Llegamos, me preguntaron que si sabía cantá' zafra, yo dije: “Claro, vaquería, también”. Que si se disponía un mochito de vallenato, también ahí estaba dispuesto.

Hay una canción que fue la primerita que me grabó Adolfo Pacheco, se llama “Consuélame”. La inteligencia da pa' muchas cosas siempre que uno tenga la memoria fresca, es la primera vez que yo salgo cantando como una décima (véase página 51).

También canté zafra, vaquería (véase página 24).

JCD: ¿Eso lo aprendiste en el monte?

Imagínate, cortando caña arriba en el arroyo. De edad de 2 años para acá.

JCD: ¿Cómo dice la vaquería?

La vaquería dice:

*La vida del corralero
es una vida muy fresca
bebe leche como el perro
duerme como la manteca.*

La gente me dice: “Bueno, ¿qué experiencia tiene y cuanto años estudió usted?”. Los mismo’ que tengo de está’ viviendo, pero yo no sé lee’, ni escribí’, apenas sé firmá’ la huella.

JCD: Juancho, y de María Barilla me dicen que te quedó una novilla

Eso fue de la última plata que me dieron. Me pagaron y enguacharaqué mi platica, llegué aquí y le dije a las pelá’s: “Voy a comprá’ mi novilla”. Bueno, vine yo y compramos la novilla y le puse Maria Barilla, como honor de la que murió allá, le puse así.

JCD: Juancho a ti te han hecho muchos homenajes después del Grammy. Ahora viene el que te va a hacer el Festival de la Hamaca Grande el 18 de diciembre. ¿Cómo los recibes?

Bueno, yo eso lo siento bonito, porque imagínate, con la leyenda que me dio la doctora¹¹: 62 años de vida y obra, tiene razón. Bueno, ya está bueno, yo creo que esas son las reliquidaciones que necesitaba yo, el premio este del Ministerio de Cultura. Todo eso lo valora uno mucho.

Te voy a decí’ una cosa: mi tío Toño Fernández me decía que él era queri’o en to’ el mundo y que era muy repentista, yo también he camina’o y he visto simpatía en la vida. Porque si yo no hubiera servido pa’ cantá no estuviera con esa fama. En esos 62 años yo siempre estoy con la música, yo estoy comiendo y estoy cantando.

JCD: Juancho, yo veo el patio lleno de gallinas, ¿eso te llena de vida?

Eso me gusta, las gallinas dan diez o doce huevos. Ellas dan para comer, puro huevo criollo, ese que tiene sangre cuando lo quiebran. Todo lo que hay aquí es puro, todo el que llega se da cuenta que yo fui agricultor, que me ha gusta’o el campo. De esta vida he vivido yo; ella [señalando a su esposa Arnulfa Helena] conmigo pa’ arriba y pa’ abajo, diez hijos. Me dijo una niña una vez: “Ajá, maestro, ¿usted no veía televisión en esa época?”. Si en esa época no existía.

JCD: ¿Y cuál ha sido la fórmula para serle fiel a Arnulfa?

De buen corazón ha tenido que ser mi mujé’, porque yo me voy un mes, dos meses. Claro, pero yo no me desatiendo de la casa, siempre estoy pendiente de si llega el recibo de la luz, esas cosas. Yo le digo: “Fía, crédito tengo en to’as partes”. Yo a veces me le pongo bravo porque le digo: “Tú reniegas, tú hablas; en cambio, yo me pongo a cantar”. En Bogotá no pudiera vivir así, no estuviera feliz como aquí.

11. Se refiere a la Ministra de Cultura Mariana Garcés quien el 1 de noviembre de 2012 le entregó la distinción del Premio de Vida y Obra.

JCD: ¿Te consideras un hombre feliz?

Sí, aunque no tenga plata. Pero yo digo: carajo, que Dios se la da será a otros no se sabe por qué. Dios le da pan al que no tiene dientes, ajá ¿por qué no me la da a mí? [se ríe mientras muestra su falta de dentadura].

JCD: ¿Qué te hace llorar?

Me hace llorar mi propia inteligencia: yo nunca he tenido disciplina de nadie, nunca me han dicho pa’ enseñá’me. Al contrario, yo doy enseñanza.

JCD: ¿Qué te hace feliz?

La vida de uno, la felicidad. A pesar de no tener plata, uno está feliz en su casa. El no tener enemistades, que a uno lo quieran.

JCD: ¿Cuando estás lejos piensas en tu tierra?

Sí, cuando estoy lejos eso me hace recordá’ el reverdecer de mi tierra. En mi patio hay plátano, mango. El reverdecer de mi tierra no lo ve uno en otra parte. Esos desiertos allá... ¿Qué hace un tipo con tené’ terreno en esa tierra pelá’?

Como ahora que veníamos de esa tierra. El muchacho de Sampués, Rubén Arrieta, vive en Canadá. Me gustó Canadá. Lo que no me gusta es que las mujeres son muy gordas, por lo demás todo me encantó.

JCD: ¿Todavía compones canciones?

Sí, yo me inspiro en cualquier vaina. Yo era bueno pa’ compone’ vainas, pa’ vallenato y eso. Hace poco hice esta canción "Vida del campesino" (véase página 68).

Esa se la compuse a la hija mía, a Ana. Yo me despedí de ella y no había ni luz, ni na’, eran las 6 de la tarde me fui a Bogotá ese día, me despedí de ella y compuse esa canción.

JCD: ¿Cómo es tu vida ahora?

Bueno, gracias a Dios la cosa va quedando como cuando dicen las mujeres: “Yo voy a rayá’ yuca pa’ sacá’ almidón”. Revuelven el agua, sacan el agua y queda el almidón. Así estoy yo: fresco, sabroso. ✨

*Mis amigos yo soy el Juancho Fernández
que me gusta cantar con mucho gusto y placeres
a mí me dicen el gavián jaba'o
y siempre me ha gusta'o de elogiar a las mujeres.*